

**DOCUMENTOS PARA UNA IMAGEN
LITERARIA DE BARCELONA**

(DÉCADA DE 1833 A 1843)

I

**M^o Celia Romea Castro
Tesis doctoral**

**Director: Dr. Lluís Izquierdo Salvador
Departamento de Filología Española
Universitat de Barcelona.
Barcelona, diciembre de 1991.**

Las migraciones

Durante este tiempo se produjo de forma reincidente una circunstancia digna de ser tenida en cuenta en el ámbito social por la repercusión que tuvo tanto desde el punto de vista económico como de estabilidad emocional de sus ciudadanos.

Me estoy refiriendo al trasiego que por distintas causas sufrieron los barceloneses, obligados durante estos años a abandonar sus casas en reiteradas ocasiones y a alejarse, poco o mucho, depende de cada caso, separados de la familia, a nuevos enclaves, temporalmente.

Si repasamos la etapa anterior, vemos que esta situación se había producido ya en la década ominosa, en la que, muchos liberales, perseguidos por el absolutismo, tuvieron que esconderse en lugares pintorescos dentro de la propia ciudad o huir a otros países. A pesar de ser algo pasado, tiene repercusiones en el momento que estudiamos, puesto que la literatura recoge la vuelta a casa gracias a la amnistía concedida por la reina gobernadora M. Cristina a finales de 1832, en poesía, novela o teatro. Es un tema de plena vigencia, todavía en el año treinta y cinco. La anónima **Canción de un espatriado** (1835), **El emigrado en su patria** (1835) de Robrenyo, **El incógnito en el subterráneo** (1833) de Castillo Mayone o las **Exclamaciones de un espatriado** (1833) del mismo autor, así lo manifiestan.

Los expatriados hacen mención en todas estas obras de su satisfacción por el favor concedido. Repasan con amargura los años que han transcurrido desde que abandonaron hogares, padres, hermanos, esposas e hijos y el sinfín de desventuras que han tenido que sufrir por esta circunstancia.

"Separado de la patria,
Tan lejos de mi nación,
Es mucho lo que he pasado
Hasta que llegó el perdon"⁽²⁾

⁽²⁾. ANÓNIMO: Canción...



A veces se han muerto los padres presos del desconsuelo por desconocer el paradero del joven hijo.

**Mis tristes padres murieron
En tanta tribulacion,
¡O que pesar me ha causado
tan funesta relacion!^(*)**

O la mujer y los hijos no resisten por más tiempo la separación impuesta y deciden ir a verlos a lugares lejanos, deshaciendo la casa que tienen en la ciudad por no saber cuánto tiempo permanecerán en otro país, ni si volverán (**El emigrado..**). En esta comedia el marido está en la ciudad, más que emigrado o expatriado, emparedado, puesto que ha permanecido dentro de una habitación sin contacto con el mundo exterior desde 1828 y todos creían, incluso su propia esposa que estaba en Francia.

En 1834 se producían, casi paralelamente, dos causas por las que los barceloneses se alejaban de su ciudad: La epidemia del cólera morbo asiático y la salida de los voluntarios de Isabel II a la guerra contra los carlistas.

El cólera empezó a dejar secuelas aisladas durante todo el verano. Las autoridades sanitarias, sin embargo, no reconocieron la epidemia hasta el 25 de septiembre, cuando ya no podían sustraerse a la realidad de una morbilidad evidente que dejaba tras sí muchas víctimas. Las defunciones fueron 3.344 según datos de Coroleu y el día de mayor número de defunciones hubo 248. Intramuros se contaba en ese momento con unas 117.000 personas ^(**) y esta mortandad, aunque no fue en número excesivo, alrededor de un tres por ciento, ocasionó gran pánico entre la población.

Los diarios publicaron algunos poemas entre cómicos y cínicos describiendo o haciendo alusión a la enfermedad, un poco para quitarle dramatismo a la situación y otro poco para ironizar respecto a la falta de comunicados oficiales que ayudaran a la población a tomar las medidas más oportunas.

^(*). Cancion...

^(**). Los datos varían de una autor a otro. Coroleu dice que eran 122.141 y Escudé 116.917 en el año treinta y dos.

Tenemos la del médico Miguel Cabanellas publicada en el «Diario de Barcelona» el 10 de septiembre.

"Si el cólera te ataca
no tengas miedo
aceite, agua de malva
óyeme atento.
Tres posillos de aceite
en media hora
es el que tomar debes
y agua no poca.
Si hecho esto no vomitas
moja en aceite
las barbas de una pluma
Y haz lo siguiente.
Tocate el galillo
con dichas plumas
pero cesa al momento
que su efecto surta.
Si el vomitar te cansa
descansa un poco,
luego vuelve al aceite
del mismo modo.
Si los vómito fuesen
muy escesivos
dos vasos de agua fría
será tu alivio"

Sigue dando los consejos más increíbles para rehabilitar al enfermo o al menos socorrerlo mientras llega el médico. Finalmente da una pista para comprobar que la terapia prescrita es una simple broma:

El que no tenga miedo
y este plan siga
fuerza es que cual yo hago

del mal se ria"

Tenemos otra en un sentido parecido. Ahora explica cómo y con qué condiciones ha entrado en la ciudad la enfermedad. Condiciones que pasado el tiempo, no cumple como se había pactado al principio. En el poema se le da voz al propio cólera, a modo de prosopopeya:

A cierta ciudad llegó
El cólera de paseo:
Detuviéronle a la puerta
Y el dijo: «Yo solo vengo
A acabar con tres vecinos
De este numeroso pueblo.
Si con esta condicion
Se me deja entrar, ofrezco
Que no ejerceré mis iras
Mas que en simple tercerto
Y me alargaré enseguida
A cebarme en otro puesto
De no, me entraré á la fuerza
y el estrago será horrendo»
Por aquel sabio principio
De que vale mas que un miembro
Desaparezca, que no
Que se pierda todo el cuerpo
Permitiósele la entrada
Con lo ofrecido cumpliendo.
Al cabo de pocos dias
No tres, sino treinta, y ciento
Morían en la ciudad.
Buscose el cólera luego
y se le dijo: «Bribon
Vas á perder, supuesto
Que has faltado a tu palabra».
«No hay tal» - «¿Cómo? ¿No estás viendo?»

**Que mueren ciento en un día?»
«Por mi solo tres han muerto»
«¿Pues y los noventa y siete?»
«Estos murieron de miedo»⁽⁶⁾**

La clase alta e incipiente media abandonaron masivamente la insalubridad urbana y se fueron al campo abierto.

Renart recoge esta situación en la comedia bilingüe **El regreso después del cólera**, en el momento que ya se ha dado por concluido el peligro y vuelven a la casa de Barcelona Dña. Pepa y su hija Dña. Paulina después haber estado casi tres meses en Figueres por miedo al contagio. Coincide este autor en resaltar, también, el miedo de los que se quedaron y cita las pócimas que tomaban para evitar el contagio. Tomás, que se ha quedado en la ciudad cuidando la casa de Dña. Pepa, explica a Mercedes, camarera de la familia que ha estado fuera con las señoras, curiosidades de los vecinos durante ese tiempo:

"-Aquell empleat de rendas,
qu'està al pis d'aquí davant,
sempre m'crijava: «Firmesa;
senyor Tomás; no espantarse»
y tenia á casa seva...
no t'pensis pocas potingas,
qu'ell ne deya providencias.
Goma arábica, ayguardent
alcanforat, sangoneras,
malvas, mostassa, midó,
polvos de la vivorera,
oli, vinagre del bó,
rajolas y sacs d'arena..."⁽⁷⁾

⁶. Está firmada por Traner y Jura y publicada en el «Diario de Barcelona» del día 26 de septiembre de 1834.

⁷. Escena IV pág. 13. Puede encontrarse en el Institut del Teatre de Barcelona y en la Biblioteca de Catalunya.

El 13 de noviembre se cantaba un «Te Deum» en la Catedral en acción de gracias por haber desaparecido la fiebre amarilla.

El otro motivo de alejamiento de la ciudad durante ese mismo año se produjo a causa de la guerra carlista. Para atajarla, acudieron los voluntarios de Isabel II, que habían sido creados para contrarrestar al ejército que contenía elementos de dudosa fidelidad a M^aCristina.

En una canción popular de un pliego suelto, titulada **Despedida de los voluntarios de Isabel II...** se dice que estos soldados salieron de Barcelona a guerrear pocos días antes que se declarase oficialmente la situación de epidemia de la ciudad. Fue el día 18 de septiembre de 1834. Según se anuncia en el resumen inicial, iban capitaneados por Mariano Borrell. Desconozco el número de componentes, pero debería ser elevado puesto que la publicación de un texto con este tema debía significar que tenía un interés para un núcleo social de cierto volumen. El coro de la canción muestra preocupación por la situación en la que está viviendo la ciudad:

Si á nuestras familias
Cólera afigiera,
ninguno saliera
de su obligacion
Pues siempre constantes
la suerte seguimos,
y nos convenimos
á su direccion"

En una estrofa asegura que no volverán hasta conseguir la victoria:

No llames, Barcino,
tus hijos amados,
mientras que malvados
intenten minar
Funestas discordias,
entre catalanes

que á costa de afanes
hemos de acabar.

Durante los años treinta y cinco y treinta y seis, aparecen y desaparecen, de forma bastante individualizada, tanto los religiosos exclaustros después de la quema de conventos del día de S. Jaime, que de forma puntual y por una sola vez, se alejaron de la ciudad o se marcharon a otros países, como los progresistas que sistemáticamente fueron perseguidos durante un tiempo, con su desaparición y reaparición posterior en escena a causa de su participación en alguna revuelta en algún momento o por autoridades competentes isospechaban que la habían apoyado moralmente!. Marchaban a Francia, a Canarias o incluso, con mucha más frecuencia de la que cabría suponer, se expatriaban en Cuba por miedo a ser atrapados o porque de hecho los atrapaban. Todos los autores recuerdan en sus escritos en prosa o verso, huidas nocturnas de su domicilio a escondrijos insólitos, a casas o bohardillas de personas que no pudieran estar comprometidas para no ser atrapados o junto a prostitutas con las que no hubieran pensado estar nunca en condiciones normales.

Xauradó fue confinado durante un tiempo a la isla de Cuba, sin juicio previo que así lo decidiese, a causa del asalto a la Ciutadella, la noche del 5 de enero del año 1836 en donde él estaba sólo a título de profesional de la información, para dar constancia de los hechos que allí se producían. A su vuelta a la Península escribe un **Manifiesto...** para expresar su indignación y pesadumbre por lo que le había acontecido:

"Perseguido, calumniado, conderado y opriniado con calabozos, deportaciones, grillos y cadenas, sin sentencia ni formación de causa, si no me ha faltado el valor para resistir á las mas crueles vejaciones, me falta la resignacion para sobrellevar por mas tiempo el peso de la prevencion de la opinion pública, dispuesta con bastante facilidad á condenar la desgraciada víctima del caprichoso prestigio de falsos héroes que han sabido alucinarla, y para consentir por mi parte en la impunidad de mis opresores"^(*)

^(*). Ramon Xauradó: **Manifiesto de las vejaciones sufridas por ...**, redactor del periódico «El Catalan» que se publicaba en Barcelona. Imprenta M. Calero, Madrid,

Desde poco después de la última bullanga del cuatro de mayo de 1837 hasta finales de 1839, hubo un gobierno moderado y el capitán general de Catalunya fue el barón de Meer, odiado por los progresistas por haberlos tratado sin piedad. Fue el que mediante juicio sumarísimo ejecutó a Xauradó. En Tarragona murió encarcelado el poeta Soriguera. Mata también estuvo en la cárcel y luego marchó a Francia, Ribot y Del Castillo Mayone fueron expatriados a Cuba, etc. Esto en relación con las personalidades que hemos tratado durante este estudio. No contamos con todas aquellas que seguramente también se verían involucradas, pero cuya enumeración detallada sería motivo de otro estudio. No obstante, basta con decir, para hacernos cargo de la magnitud de la situación, que el propio alcalde de la ciudad Guillem Oliver fue destituido y desterrado a Mallorca.

Ribot, en este emotivo poema muestra toda la tristeza del que está obligado a abandonar su ciudad y su país amado, como un fugitivo, cuando no siente que pesa sobre él culpa alguna. Es el momento de su partida para el destierro en 1837 (*) después de la última bullanga, a bordo del buque Guadalete, todavía en la bahía de Barcelona y destino a Cuba.

1836.

*. Recordemos que en ese momento Ribot y Mata estaban, políticamente junto con Monlau, aunque entre ellos hubiera ciertos matices diferenciales. Estaban por un proceso de reconstrucción social de influencia sansimoniana. Las revueltas anteriores habían sido un mal necesario para acabar con el absolutismo. En el año treinta y siete había que rehacer, partiendo de lo que ya se tenía, sin destruir más.

Dice Ribot en «El socialismo», dentro de *Poesías escogidas* (1846) Pág. 256-259.: "La ignorancia atribuye a los socialistas tendencias descabelladas y planes de pura convención, cuando, por lo contrario, son todas sus doctrinas edificadoras, todas sus teorías son realizables, positivas, matemáticas.... Si la sociedad nunca ha de ser perfecta, al menos será siempre perfectible, es decir, susceptible de perfeccionarse, y de consiguiente, debemos conducirla, ya que no a la perfección, a la perfectibilidad". Juicio en el que los moderados no querían entrar, puesto que, mientras estos progresistas tenían la idea de una sociedad más justa, los moderados habían conseguido su objetivo de desplazar al absolutismo e incidir en el gobierno del país y eso les bastaba, sin importarles más minucias. Por ello, todo progresismo les desbordaba y lo medían por el mismo rasero. Todos estorbaban para sus planes, fueran bullangueros o no y tenían que destruirlos, como se vio después de la última bullanga. Este fue su gran error y consiguiente fracaso. Con su miopía implicaron la modernización del país como se hiciera en otros países del entorno europeo por esos mismos años.

"¡Bendita tú toda entera,
o Barcelona la hermosa!
si verte otra vez pudiera,
solamente te pidiera
un hoyo bajo una losa.

Que aunque me arrojes ingrata
al otro confin del mar,
nunca te podré olvidar
y la mano que me mata
muriendo quiero besar"^(*)

El año cuarenta y cuarenta y uno fueron más o menos estables: No políticamente, pero sí en cuanto a los movimientos migratorios. Pudieron volver los que se habían ido, incluso las tropas que habían estado durante siete años luchando contra los carlistas, a los que, a finales de agosto de 1840, se les hacía un homenaje de bienvenida junto con la coronación con corona de oro al general Espartero, Duque de la Victoria.

"Al instante el libre Duque
Acercose á la fiel tropa
Y con amor paternal
Les regaló la corona"

.....

"Y aquella fuerte columna
Que doce mil hombres contó
Por enfrente la corona
Con gran brío desfiló"^(**)

*. RIBOT.A.: «Barcelona» en Poesías escogidas Imprenta del Tiempo, Madrid, 1846. Pág. 165.

** En el pliego de cordel Barcelona agradecida al Duque de la Victoria y al ejército constitucional Barcelona, 1840.

En el año cuarenta y dos hubo serios problemas políticos con repercusiones de salidas de la ciudad en desbandada. Fueron los que empezaron a mitad de noviembre, por la negativa a pagar, a unos resguardos de la puerta del Angel, los impuestos correspondientes por una pequeña partida de vino. Terminó después de muchos días de zozobras, con el bombardeo desde Monjuïc por Espartero, el día tres de diciembre y durante doce horas. Dice Coroleu al respecto:

"Al principio huyeron los que tenían motivos especiales de temor a causa de sus opiniones políticas; pero muy pronto la emigración se hizo general, porque a cada momento se anunciaba que iba a empezar el bombardeo y, aunque muchas veces se había aplazado, ya nadie dudaba de que no había medio de evitarlo. Valíanse los fugitivos de mil trazas; disfrazándose unos de hortelanos, haciendo que regresaban a sus moradas sita en los suburbios; ocultábanse otros entre la carga de los carros, no saliendo de su escondite hasta encontrarse muy lejos de la ciudad, y no faltó quien ayudado de su juventud y despejo, renunció por un rato a las vestiduras de su sexo, vistiendo las sayas y el pañuelo de nuestras jardineras para pasar confundido entre ellas la línea de la muralla, que se alzaba como una barrera insuperable ante la generalidad de los individuos del sexo feo"⁽⁷⁾

Unas cuarenta mil personas salieron de la ciudad, mayoritariamente mujeres y niños, pero no fueron pocos los hombres que, sobornando a los centinelas, huyeron también.

Al año siguiente, después del pronunciamiento de junio que terminó con la dimisión de Espartero y su embarque para Inglaterra, se vio incumplida la segunda parte de la razón del pronunciamiento, la constitución en Madrid de una Junta Central compuesta por los delegados de las Juntas provinciales. Esto ocasionó una serie de revueltas durante el último trimestre del año, con repetidos bombardeos a la ciudad y que terminó, por una larga temporada, con el gobierno progresista.

Jepet y Camagrós dialogan, una vez dominada la situación por los moderados, respecto a los acontecimientos conocidos por «La Jamància», en los que los pronunciamientos juntistas se sucedieron. Se produjeron en Barcelona y en numerosas poblaciones cercanas. Jepet y Camagrós se explican mutuamente cuáles han sido las

⁷. COROLEU: *Memorias de un menestral...* pág. 223.

penas que han sufrido dos ciudadanos no comprometidos, dentro y fuera de la ciudad:
El hambre, el miedo y el dolor han sido los platos habituales.

Es un romance dialogado, escrito en catalán. Sorprende por ser un relato intimista, nada habitual. Transmite la emoción que pudieran sentir los que se están contando sus cuitas. Dice Jepet:

"Vas anar fins al Portal
per veure si era molta
la gent que anaba marxant
valgam Deu! quin amohino,
quinas penas, quins treballs!
Jo crec que tot Barcelona
volia sortir plegat,
donas, vells, criaturas,
alguns ab fardets al bras;
ab la roba de la esquena
la major part; fins plorant;
los altres ab unas caras,
que feyan pó de mirar;
tots corrent, donant empentas
per surtir mes abiat;
y fugint del mateix modo
que si als corresen detrás.
Aqui malalts ab lliteras,
que també as feyan portar,
y que as pot dir que surtian
á morir fora el Portal.
Allí un coix, allá un tullit,
mes endetrás un baldat,
alguns vells que no podian
casi las camas alsar.
Qui ab una crosa, qui ab dugas
tots surtian ab afany,
carretons, carros, tartanas,

tots carregats fins á dalt,
 que atropellaban la gent
 per poder obrirse pas;
 qui queya, qui se aixecaba,
 y algun que es tracaba un brás,
 semblaba que aquell porta!
 la gent anés devorant.
 Camagrós, aquest tropell,
 consternació tan en gran,
 aqueixa pó, aquet deliri,
 me varen tan trastornar,
 que aturdit, ple de tristesa,
 vas tancá als ulls; y pasmat,
 sense saber lo que am deya
 entremitx me vas ficar,
 pueh dir que an l'aire am portaban,
 y quant en mi bas tornar,
 ja era lluny de Barcelona.
 y al camí de Sarriá".(7)

Camagrós explica que dentro de Barcelona, había ocurrido eso y más, puesto que los proyectiles de distintas especies vomitados desde los fuertes de las murallas y de Monjuïc, habían destruido parcialmente casas, herido o matado a personas, y el dolor y el hambre, había sido todavía mayor, puesto que el verdadero asedio se había dirigido contra la ciudad.

La historia de esta década que tratamos (1833-43) presenta la marcha o la huida de la ciudad por imperiosos motivos, como tema reiterativo. Siempre por motivos desgraciados y siempre al margen de los deseos de los que tenían que hacerlo. Es una situación fruto de unas circunstancias políticas inestables. Suponía inseguridad ante lo que encontrarían en el nuevo destino para las personas que la sufrían, sensación de soledad, de abandono, de incertidumbre ante el retorno e imagino, mucha melancolía y sentido de impotencia ante una realidad irreversible de tal

7. **Ocurrências de Barcelona (Diálogo) Pliego suelto. I.M.H. 1842.**

duresa.

La época de las bullangas dentro de la ciudad.

Estos años supusieron para los barceloneses encontrarse en un permanente estado de guerra. Guerra que vivían desde la retaguardia, puesto que las batallas se libraban en el campo, pero en lugares demasiado cercanos y con soldados barceloneses, que les impedía dejar de sentirse implicados. A causa de la guerra sufrían reclutamientos, crisis económicas y haciendas militarizadas. Simultáneamente a ésta y en gran medida por su causa, en la ciudad se producían tensiones que enfrentaba a los ciudadanos de distintas tendencias políticas.

Como consecuencia de ello, los autores, de acuerdo con su adscripción ideológica, describen la actuación política o revolucionaria de los distintos grupos en el interior de la ciudad con afección o desafección, de forma aprobatoria o no, en relación con las actuaciones que se llevaran a cabo. Hay que remarcar que predomina la visión progresista, de Robrenyo, Raüll, Mata, Ribot, Monlau, Del Castillo, etc. Algunos como Patxot, Piferrer y Aribau tienden a un conservadurismo moderado. La única visión auténticamente involucionista es la de Milà de la Roca. No vamos a insistir más en los datos aportados por cada uno puesto que lo hemos hecho en los apartados correspondientes y sería redundante. Se ha de decir que los aspectos cotidianos más habituales han quedado poco patentes en las obras que comentamos, más preocupadas por resaltar los hechos políticos.

Del conjunto de obras literarias analizadas, podemos deducir que en este tiempo se vivía dentro de una frágil normalidad, en la que se trabajaba, paseaba o se hacían las visitas de rigor mientras no se producían acontecimientos extraordinarios y, cuando empezaban las revueltas y había tiroteos, el ciudadano no comprometido se metía en su casa, cerraba puertas y ventanas y, mirando por alguna rendija, esperaba asustado que pasara el temporal. No obstante, estas situaciones conflictivas no eran propiciadas por unos pocos, sino que contaban con una buena participación popular. La situación de los trabajadores no era buena y el número de parados favorecía que estuvieran dispuestos a cambiar un orden que no les era propicio. De hecho, se conoce poco la organización directiva de algunas manifestaciones y algarabías

producidas en la ciudad que tuvieron gran éxito y un carácter aparentemente bastante espontáneo. Salían de unos años de absolutismo en los que había sido difícil organizarse y los dirigentes iban a merced del desarrollo de los acontecimientos, teniendo que improvisar sobre la marcha. Era más importante romper amarras con respecto al pasado que configurar el futuro. Se sabía qué era lo que no se quería, pero la alternativa estaba poco elaborada. De ello devienen las situaciones que se producen reiteradamente en estos años, en los que un gobierno progresista es arrasado sistemáticamente, después de breves escaramuzas en el poder por otro moderado y los representantes de aquel, perseguidos, encarcelados y en el mejor de los casos expatriados.

Milicia Nacional

Fue creada en 1833 por Llauder bajo el nombre de Cuerpos de Voluntario Urbanos. Eran unos batallones de reserva ubicados en las ciudades que tenían distintas misiones, desde funciones logísticas hasta las de combate abierto, si era preciso. Los batallones 1º, 2º y 6º tenían carácter benéfico, estaban sostenidos por el Ayuntamiento. Se formaron en agosto de 1834 cuando Barcelona estaba asediada por la peste. La burguesía había huido de la ciudad y abundaban los parados e indigentes a causa del cierre de las fábricas. Poco después, el propio Llauder sugería al Ayuntamiento la creación de los cuerpos de la Fuerza Cívica, de servicio obligatorio para los varones comprendidos entre los veinticinco y los sesenta años, con representación por parte de los gremios y colegios profesionales; debían mantener el espíritu liberal y el orden dentro del recinto urbano. Los inscritos "que tengan propiedad, profesión, establecimiento mercantil, fábrica, taller propio u otra industria" (*). El mando tenía que recaer en personas relevantes dentro del barrio. En 1835, el gobierno de Martínez de la Rosa instalaba la Milicia Urbana en sustitución de la Fuerza Cívica. Tuvo un espíritu menos restrictivo en la selección de la clase social de sus componentes. Tenía un reglamento a escala nacional y deseos de abolir los otros cuerpos: Eran la Guardia Nacional y la Milicia Nacional. Su formación tuvo dos épocas, delimitadas por los hechos de julio de 1835, después de los cuales tuvieron

*. En el Libro de Actas del Ayuntamiento del 26 de julio de 1836, en los folios 308-309.

los cuales tuvieron un carácter menos elitista y más democrático. Los batallones formados en época de paz, anteriormente a las primeras bullangas tenían componentes estrictamente burgueses, efectistas por su vestimenta y su colorido y, los formados después, el 11º, el 12º ligero, el de zapadores, 14º y el 15º se caracterizaban por ser de variada extracción social, en general baja. Carecían de uniforme y formaban una multitud heterogénea que el Ayuntamiento tenía que socorrer.

Los diversos cuerpos que formaban la milicia eran acordes con la trama social ciudadana, con lo que constituyeron un auténtico grupo político estructurado y jerarquizado. El más radical y progresista fue el 12º, el de la Brusa, al que pertenecía Pere Mata, organizadores de algaradas, por las que sufrieron expurgaciones. Le seguía el 6º y el 1º que procedían de voluntarios. El 3º batallón contó con numerosos republicanos que favorecieron la revuelta de 1842. El más moderado y contrario a cualquier revuelta fue el escuadrón de lanceros y el 10º, formado por burgueses^(*). Tanto moderados como progresistas justificaban su actuación por el fin pretendido: Vencer el carlismo era el primer aglutinador de voluntades, ya que significaba la amenaza de acabar con el reinado con promesa de prosperidad que había instaurado Isabel II.

La milicia está presente en la literatura de la época. Sarriego y Pimentel eran milicianos del 12º batallón. Al Gancho lo hacen capitán de milicia del barrio por tener un tienda y haber adquirido un cierto prestigio social. En la poesía de «canya i cordill» hay romances, canciones, ya los hemos comentado en su momento, escritos como homenaje de la milicia. No vamos a insistir en los textos, pero sí reiteramos que fue respetada por la sociedad, con quien era solidaria y tuvo una importancia capital en los acontecimientos de estos años.

La sanidad

Próximo a la Rambla, entre las calles del Hospital y del Carme estaba el hospital de la Sta. Creu. Aparece en la novela de Milà, aunque como es habitual, muy poco

^{*}. Según afirmaciones del concejal Canut en la sesión del Ayuntamiento del 3 de enero de 1836. Folio 3.

descrito. El protagonista Torrellas, en un acto de caridad va a visitar a una pobre muchacha que, a causa de la prostitución, a la que se ha dedicado por necesidad, sufre alguna enfermedad infecciosa venérea, que poco después le causará la muerte. El hospital de la Santa Creu^(*), en la época que tratamos, vivía de la beneficencia pública. Conseguía financiación mediante la recaudación por rifas, sesiones de títeres y representaciones de teatro. Con ello, obtenía escasos ingresos por lo que los cuidados que podía prodigar a los enfermos eran un tanto precarios. Las enfermeras eran religiosas. Admitían enfermos, éxpositos y maníacos (**).

Las condiciones higiénicas distaban mucho de ser óptimas, entre otras cosas porque se desconocía su papel fundamental para la recuperación de la salud o su incidencia para contraer infecciones o contagios. Los familiares tenían que proveer a los enfermos de la mayoría de elementos fundamentales, e incluso de comida, puesto que la del hospital carecía de cualquier exquisitez. Llegar al hospital, con frecuencia, significaba entrar en el epílogo de la vida, puesto que el ingreso del enfermo también se hacía en unas condiciones terminales.

El autor de *Los misterios* refleja, también, el ambiente sanitario por medio de la asistencia primaria en improvisados consultorios, en casas particulares de curanderos que visitaban y prescribían medicación a las clases populares que ingenuamente acudían a solicitar la solución de sus problemas. Les considera unos embaucadores que se aprovechaban de la falta de preparación de los enfermos que se les acercaban, para curarse. Si los denuncia el autor, es porque podían recetar medicamentos que luego eran preparados en las boticas, tolerancia que era permitida por los progresistas que estaban en el poder.

^{*} Como institución hospitalaria es una de las más antiguas del mundo. Su origen se remonta al siglo X con la creación de un refugio por Guitardus y su transformación en el siglo XI de un asilo y hospital de peregrinos. En el siglo XII Bernat Marcus fundó uno, el de la Bòria y el obispo Guillem de Torroja el de San Lázaro para leprosos, en el Padrò. Cerca, se fundaron la Maternidad y el de la Almoïna en el XIV. Todos estos hospitales junto con la «sala de bressols» situada en una casa del barrio del Raval, se reunieron en el siglo XIV, en la plaza y las huertas del hospital de Colom, tomando todos juntos el nombre de hospital de la Sta. Creu.

^{**} Según aseveración de Avelino Pi i Arimón en *Barcelona antigua y moderna* (1854) pág. 301 y siguientes.

La burocracia

En el transcurso de **Los misterios de Barcelona**, los personajes se mueven con ojos escandalizados por la trama administrativa de la ciudad. Su mal funcionamiento sólo puede ser motivo de crítica por parte de los que han de utilizar sus servicios: Hospital, aduana, etc. Los servicios se caracterizaban por el reparto de prebendas a los amigos y benefactores, en detrimento de los que son extorsionados por no pertenecer a una misma corriente de opinión. Se puede decir que ninguna actuación, a excepción de las llevadas a cabo por los moderados, son calificadas de edificantes. Los móviles, incluso los aparentemente bondadosos, en general son juzgados cuanto menos de ilusos y con frecuencia considera que actúan de una determinada manera para obtener un beneficio, sin contar con los sentimientos de los que son perjudicados.

El autor presenta la vida portuaria: Cita barcos anclados en el puerto y a algunos pescadores que aparecen en la historia principalmente «el Gancho», que nos guía en el itinerario. Presenta los bares de la zona y explica, por medio de casos prácticos, las situaciones de contrabando y soborno que son habituales a la entrada de los buques. Critica la lenta burocracia para entrar productos legalmente, en especial tabaco. No se puede olvidar que Milà de la Roca era piloto naval y conocía estos ambientes, que interpretaba y juzgaba según su punto de vista.

El puerto era en esta época el marco idóneo para el contrabando. Contrabando de cigarrillos, rapé o picadura que venía escondido entre las balas de algodón o en los cargamentos de café o cacao. Hecho del que "sólo" participaban y disfrutaban los marineros. Según opinión de Milà de la Roca, eran los únicos que negociaban con los carabineros del puerto y con los «Pasigayres» -que era como se conocían comúnmente a los «Resguardos» o recaudadores de Hacienda-, a los que se les compraba fácilmente por un duro a cambio de cada cajón que llegaba. Mientras que, si no se producía la negociación y se descubría la mercancía no declarada, de la que sólo eran conocedores los marineros, la ley culpabilizaba al capitán como responsable del cargamento del barco y era el único que debía ser castigado; castigo que según da a entender el autor, no merecía, dada la honestidad generalizada que imperaba en todo el cuerpo.

El Gancho dice que era mucho más fácil entrar un cargamento de tabaco ilegalmente, que de forma legal. La burocracia aduanera tenía tantas y tan complicadas gestiones, que un ciudadano avezado a estos trámites podía estar toda una mañana solicitando firmas y pagando facturas con comprobantes, que a su vez requería de otros y así hasta muchos, antes de poder retirar legalmente un cargamento que, llegado como contrabando, sólo suponía el pago estipulado al carabinero y al «pasigayre», para llevárselo a continuación, casi siempre sin mayores problemas.

Hay coincidencia entre Mata y Milà respecto a la denuncia de una sociedad con frecuencia corrompida. Los que realizaban los trámites administrativos o burocráticos tenían la posibilidad de conseguir una parte de los impuestos que debía llevarse Hacienda, por poderse suprimir pagos ficticios que posteriormente se embolsaban los intermediarios.

La navegación

La mayoría de los textos consultados patentizan, aunque sea de soslayo, la importancia de la vida marítima en la ciudad. Los autores presentan diversos modelos de embarcaciones. Desde la humilde barca de pesca que sale a faenar cada día por lugares costeros próximos y vuelve por la noche, pasando por fragatas, goletas, chalupas, cruceros, lanchas, veleros, transatlánticos, de vapor, de carga, bergantines... Pequeñas embarcaciones que llevaban pasajeros por el Mediterráneo - Casavella llega en uno de sus viajes desde un pueblo costero no denominado del Sur de la ciudad a Barcelona en barco-. Es habitual el comercio marítimo con el puerto de Marsella, con Canarias, y se habla reiteradamente de los veinte días de duración de los viajes a Cuba. Patxot presenta a su protagonista, el que después será el padre Manuel, como criundo del mar - "el Océano es mi patria" dice al principio de la novela-. Ribot i Fontserè dedica poesías al mar de Barcelona y los barcos que lo surcan.

"Yo he visto rios cubiertos
de canoas y vapores
con sus márgenes de flores,
yo he visto soberbios puertos

con sus faros giradores.

Pero mucho mas me agradan
estas arenas sencillas,
y este sin fin de barquillas
que, á impulsos del remo, nadan
besadas por tus orillas"⁽⁷⁾

El contacto de los autores de esta época con el mar era real. Mata había tenido que escaparse por mar, para no ser detenido, en sucesivas ocasiones, Milà de la Roca fue piloto náutico, Robrenyo muere en alta mar en la vuelta de un viaje de América....

Las casas de huéspedes

Milà relata la organización social de las casas de huéspedes. Comenta que, en general, todas tenían análogas características y señala la estructura de la de Dña. Rosa Lozano que estaba situada en la plaza del Teatre. Según afirmación del autor, en la planta baja convivían estudiantes y gentes de pocos recursos. En esa planta también estaban las cocinas y los criados. Los residentes de ella comían en comedores a parte del de los clientes de los otros dos pisos y se alimentaban de los restos de los otros hospedados. La planta principal estaba destinada a "personas de pró" que tenían dinero y estaban dispuestos a gastarlo. Ese primer piso era ocupado por médicos, obispos, comisionistas, aduaneros, etc. Los del segundo se caracterizaban por ser huéspedes jóvenes, o de menos seriedad que los del principal. Parece ser que todos, salvo los de la planta baja, convivían con gran confraternidad, comían en un comedor común y en una misma mesa que "era una especie de asamblea legislativa ó llámese congreso, pues había, derecha, izquierda y centro" (⁸).

⁷. De Ribot i Fontserè *Barcelona dentro de Poesías escrigidas*. Pág. 167.

⁸. *Ibid.* Cap. XII, pág. 127.

CAPÍTULO VI

TOPOGRAFÍA DE LA CIUDAD.



Plano general de la ciudad y el puerto de Barcelona. Es de 1861. Está firmado por Garriga. Puede encontrarse en el I. M. H. (Garriga, capsa 4). Perteneció al momento en el que estaban en pugna distintas ideas formas de enfocar el ensanche de la ciudad a partir de la ciudad amurallada. Puede verse el proyecto de un paseo de circunvalación siguiendo la muralla.



Puerta del baluarte de S. Antoni. En un dibujo de la primera mitad del XIX. I.M.H.

“Por lo tocante a las ventajas que reportaría Barcelona del derribo de las murallas y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; baste decir que, atendida su situación topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes, es probable que, ensanchándose de repente la ciudad se uniria desde luego con Gracia y enseguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinticinco años en una de las capitales más extendidas y vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestión de las murallas está ya casi resuelta.”

(J. Balmes *Del derribo de las murallas de Barcelona*. Dentro de la revista «La Sociedad» 1844)

CAPÍTULO VI

TOPOGRAFÍA DE LA CIUDAD.

"Está situada Barcelona en la playa meridional del Meridional del Mediterráneo, al Norte de las islas Baleares á los 41°54'22" longitud Este del meridiano de Madrid, sobre el pequeño monte Táber, a la parte oriental de la Península entre los dos ríos Besós y Llobregat, al pie del monte Júpiter, «Mons Jovis ó Judaicus», hoy conocido por Monjuich, en una de las llanuras más pobladas, más saludables, fértiles, cultivadas y hermosas que pueden imaginarse, formada por la cordillera de unos montes en semicírculo que se extiende de Oriente a Poniente, desde el Mongat hasta el Montjuich."

"El llano de Barcelona forma un plano suavemente inclinado desde la falda de las sierras del N.O. al mar. En el interior de la ciudad antigua y en el punto en que se levanta la Catedral, tiene una altura de 18 metros sobre el nivel del mar. Una piedra de moler, colocada en uno de los recodos de la calle del Paradís, indica el punto culminante de esta altura".(1)

Presentación

La Barcelona de 1833 era una pequeña ciudad fortaleza, con calles angostas, amurallada por tierra y por mar y flanqueada por un par de torres prisión, la

1. ESCUDÉ Bartolí, Manuel: **Barcelona.I.** En la revista «La Exposición» Órgano Oficial. Barcelona 10 de febrero de 1888 Pág.422. Tomo I. Impreso por Sucursal de N. Ramírez y C^a. Barcelona.

Ciutadella y Drassanes, que muchos barceloneses odiaban por los sufrimientos que les habían producido. Era una ciudad joven, con un crecimiento vegetativo muy alto - entre 1800 y 1850 la población aumentó de 100.000 a 150.000 personas- y con ánimos para modificar estructuras urbanas y sociales anquilosadas.

Los autores literarios que en su momento connotaron este cronotopo, dejaron constancia de que no se trató de tiempos fáciles y como participantes activos que habían sido, no podían escribir sin tomar partido. Ninguno, en los distintos géneros cultivados -teatro, novela, poesía, memorias- fue neutral, ni aún cuando aparentemente pretendiera demostrar que lo era, como parece ser el caso de Patxot. Todos se sirvieron de sus textos para dar a conocer, explicar, y sensibilizar a los lectores o espectadores de las circunstancias en que vivían, juzgándolas desde su particular punto de vista. Siempre mediante discursos perfectamente modalizados, que denotaban conservadurismo, progresismo, carlismo latente, etc.

La ciudad tampoco se presentaba como un elemento neutro, sino que se convertía en el escenario de la compulsión que estaban sufriendo, por lo que no podían hacer una descripción equilibrada de los distintos espacios urbanos, sino que éstos estaban presentes, y tenían razón de existir en función de los acontecimientos que en ellos se iban desarrollando.

Por ello, unos espacios como las plazas políticas de Palau (2) y de S. Jaume o la Rambla, servían de foro tanto para expresar preocupaciones como de lugar festivo, para el encuentro y fácilmente conseguían el relieve de actores principales. Los hechos acaecidos en ellas les confieren un carácter emblemático o simbólico, dentro del cual los personajes, como tales, tienen con frecuencia un papel más difuso. No existen claros protagonistas, aunque cada obra tenga el suyo. No hay ninguno, (siguen así el paradigma de la novela histórica) en ninguna obra, que sea el que encabeza una revolución, ni el modificador de la historia por excelencia, ni el único que ha hecho una determinada acción. Todo el pueblo participa, sufre, y en definitiva es parte

2. El nomenclator de los topónimos de la ciudad: Barrios, calles, edificios, casas, personajes, y en general cualquier denominación, será escrito en su forma catalana y sin comillas cuando no sean expresamente necesarias. En las citas, se respetará la forma que haya recogido el autor.

fundamental del engranaje que suscita estos cambios. Los protagonistas de las historias que se narran, son importantes en los hechos personales y cotidianos que les afectan: Aman, lloran, huyen, son expatriados, se suicidan... Pero en lo fundamental que está ocurriendo, desde el punto de vista de la historia de un pueblo, de la compulsión y cambios que se producen en el momento en el que están insertos, son meros comparsas. Toman partido, pero una vez han decidido actuar en un determinado sentido político, siguen a unos protagonistas que con frecuencia ni nombran, en unas circunstancias no demasiado aclaradas y en un marco geográfico que casi siempre, aun siendo de gran relieve para los acontecimientos, sólo denominan o hacen de él un relato subjetivado en función de lo que pretenden transmitirnos. Todo ello, aunque es muy sugerente, dificulta la comprensión e interpretación de los textos existentes al lector exclusivo de estos relatos literaturizados. Hay que recurrir a numerosos soportes adicionales: Libros de historia, memorias de autores con distintas y, a ser posible, opuestas ideologías, tratados sobre urbanismo, sociología, guías urbanas, es decir los documentos más heterogéneos, para reconstruirlos, identificarlos y representarlos con las características que les distinguía durante el segundo tercio del siglo pasado.

El circuito amurallado

A principios del siglo XIX y hasta que empezó su derribo, casi a mediados de la centuria, Barcelona era un recinto en forma de hexágono irregular, cuyo perímetro tenía alrededor de 6 Km. y su superficie algo menos de 2 Km². Era una ciudad vigilada y rodeada por fuertes, fortines y murallas. Todo ello le confería un aspecto hostil del que la propia urbe se sentía avergonzada. Luchó denodadamente hasta que consiguió la demolición de su cerco y la reconversión de las zonas militarizadas, en espacios públicos.

“¡Barcelona infeliz! con tus paseos,
tus calles nuevas y aparente gozo,
con todas tus parodias de recreos,

eres no mas que un vasto calabozo"⁽¹⁾)

Poco tiempo después de ser acabada la segunda muralla en el siglo XIV, ya era insuficiente para acoger a todos los barceloneses, puesto que excluía de su recinto los barrios que se iban formando más allá de la Rambla, en el Raval. Las huertas de las nuevas casas, los conventos que se instalaban en aquella zona, etc., tenían que ser rodeados por tapias para protegerse. En definitiva, la ciudad crecía y debía ampliar sus murallas para seguir protegida. Para hacerlo, en su construcción se siguió el sentido de los caminos naturales de salida de la fortificación.

“¿Aguardas que primero Barcelona
deponga el miedo que en su pecho medra?
¿no ves que una muralla la aprisiona?
qué la sujeta un cinturón de piedra?”⁽¹⁾)

Desde las torres de **Canaletes** en el Norte, semicirculares y de aspecto adusto, coronadas con merletas y matacanes y utilizadas como prisión, la segunda muralla formaba aquí casi un ángulo recto con la que se extendía en línea por la Rambla, hasta la actual «porta de la Pau». De Canaletes partió la tercera ampliación. Se hizo seguir por la actual calle de Pelai hasta la ronda de S. Antoni. En el ángulo formado por ambas murallas, en la calle de Tallers o de la Riera se abría la puerta de **Godai**, por donde entraban los payeses que venían de Esplugues con productos del campo que mercaban en la ciudad. Durante un tiempo se paralizaron las obras en ese enclave, y después de muchos esfuerzos se concluyeron en el año 1377. Se abrió hacia el Oeste otra puerta, la de **S. Antoni** que cerraba la calle del mismo nombre. Era la continuación, casi en línea recta, de la calle del Hospital. La puerta era lo más destacable de ese sector de la muralla, por las dos torres de planta poligonal que la flanqueaban ⁽¹⁾. El portal de S. Antoni tuvo durante siglos un papel relevante, puesto

¹. RIBOT, A. **La Ciudadela** dentro de «*Poesías escogidas*» Imp. del Tiempo, Madrid, 1846. (Pág. 95-96)

¹. RIBOT. **La ciudadela**.

¹. Esta entrada a la ciudad se enlazaba transversalmente, con el portal Nou situado en el lado opuesto, en la entrada Norte, con salida a la altura de la calle de «S. Pere més Baix». Para ello, se tenía que seguir por la antigua vía romana que, ya a principios

que era la entrada triunfal de todas las personalidades que venían de otros lugares de la Península y pasaban por Zaragoza. Siguiendo hacia el mar, la muralla continuaba. Se abrían puertas, nuevamente, en la calle de **S. Pau**, próximo al monasterio de **S. Pau del Camp**. Seguía por el **Paralel** hasta llegar a la última puerta por el Sur, la de **Drassanes**, junto al fuerte que le daba el nombre, y que después tomó el de **Sta. Madrona**. Por ella se salía hacia las huertas de **S. Bertran** en **Monjuïc**. La primera muralla de Mar terminó de construirse en 1454, destinada a proteger la ciudad por el flanco marítimo, pero dos fuertes temporales la destruyeron y un siglo más tarde emprendieron su construcción definitiva, mucho más sólida que la anterior; era paralela a la costa por el actual paseo de Colom y estaba protegida por el fuerte de **Drassanes** y los baluartes de **Sant Francesc de Sant Ramon** y de **Migdia**.

No hubo salida al mar por el portal de la Pau, al final de la Rambla, hasta el año 1850. Se abrió en conmemoración de la paz alcanzada por el general de la Concha en la «guerra dels Matiners». La única puerta era la del **Mar**, en el **Pla de Palau**, con dos entradas, por donde se hacía la carga y descarga de los buques que llegaban con mercancías o pasajeros. La muralla, en el siglo XIV tenía paneles verticales, torres cuadradas con saeteros y merletes coronando los parapetos de las puertas y un foso exterior, en general con agua estancada. Durante los siglos XVII y XVIII fue ensanchada la base de la muralla y el paso superior convertido en paseo con rampas para poder acceder. Tenía anchura suficiente para el paso carruajes. Se convirtió en un lugar de moda, del que ha quedado constancia en numerosos relatos. Por ella se podía pasear hasta los glacis de la Ciutadella. Fue la última en ser derruida.

Siguiendo el itinerario hacia oriente, estaba el portal de **D. Carlos**; era un paso por debajo del puente que unía la Ciutadella con el fuerte de **D. Carlos**. Por él se salía para ir a la playa de **S. Martí de Provençals** donde había «el canyet» o pudridero de bestias muertas, desde tiempo inmemorial. Era el camino hacia el cementerio inaugurado en 1819, conocido como paseo del cementerio. Años más tarde se le llamó

del XIX adquiría diversos nombres: **S. Antoni**, **Hospital**, **Boqueria**, **del Call**, **plaza S. Jaume**, **Llibreteria**, **plaza del Angel**, **calle de la Bòria** que dio nombre al barrio, **plaza de la Llana**, **calle de Corders**, que cambiaba el nombre después de la **plaza de Marcús** por el de **Carders** y finalmente la del portal **Nou**.

avenida de Icària. Por este portal también se salía para ir al plaza de toros. De ahí partía la muralla de Levante con salida, en la parte más septentrional, por el portal Nou, de tradición romana; era el de mayor tránsito de entre los que llevaban a Barcelona. La puerta fue abierta después del cerco de 1714, tras el derribo de la puerta de Sta. Clara. Por ella se salía para encontrar las carreteras que conducían a Francia, al Vallès o a la Plana de Vic. El portal sufrió grandes desperfectos con el bloqueo de Espartero en 1843.

Continuando por el Norte, la muralla se alineaba a la actual calle de Trafalgar, bordeaba el monasterio de S. Pere de les Puelles. Tenía dos portales: El de Jonqueres, al que le daba el nombre el monasterio de religiosas, -arrasado y trasladado en parte (la iglesia y el claustro) a la iglesia parroquial de la Concepció en la calle Aragó- y el de Orbs o portal de l'Angel, por donde se salía camino de Gràcia. La tradición cuenta que por ese portal había llegado S. Vicens Ferrer a la ciudad y, al entrar, se le había aparecido un ángel. Se perpetuaba ese milagro con una pintura como recordatorio en la propia puerta. En 1847 se abrió hacia el N.O la salida de la Rambla por el portal de Isabel II. Con la llegada, nuevamente a Canaletes, queda cerrado el circuito de la muralla.

Los portales tenían puente de balanza, dos puertas de grandes bisagras y fuertes cerraduras. Contaban con un cuerpo de guardia que controlaba las entradas. Todas las puertas estaban abiertas desde el amanecer hasta la caída de la tarde. La primera en cerrarse siempre era la de Sta. Madrona y las últimas: La del Angel que era la comunicación con Gràcia y las del Mar, que unían la ciudad con el barrio de la Barceloneta. Un cuarto de hora antes de atrancar las puertas, el tamborilero de guardia salía a los glacis de cada portal y tocaba unos redobles de tambor para avisar del cierre a todos aquellos que llegaban a la ciudad, con el fin de que aligeraran el paso si no querían quedarse fuera. El toque se conocía popularmente como «entreu gats, entreu gats», refiriéndose a las personas que se retrasaban por haberse quedado a tomar un trago extramuros, que les resultaba más barato que en el interior de la ciudad. Cada mes se anunciaba en el «Diario de Barcelona» la hora en que se cerrarían las puertas al mes siguiente. A las tres de la mañana se abría durante unos minutos el portal de l'Angel para la salida de diligencias hacia Francia o algunos lugares de España. Esto se hacía coincidir con la entrada de unos carros y carreros que se dedicaban al vaciado de las letrinas de las casas. También había la posibilidad

de recibir documentos urgentes mientras estuvieran cerradas las puertas: En un agujero de la muralla, hecho a tal efecto en lugares estratégicos, colocaban un cajón de madera, conocido como el "passa plecs" del que se tiraba desde el interior por una cuerda; en él, el emisario o correo dejaba el documento esperado y comunicaba su arribo.

Barcelona, durante los primeros cincuenta años del siglo XIX, intramuros, vivía en régimen militar, sujeta a leyes marciales y, extramuros estaba sometida a unas normas muy severas en relación con los permisos de edificación en lugares próximos a zonas polémicas, por lo que los núcleos de población cercanos, como Sants, Gràcia, S. Martí de Provençals o S. Andreu del Palomar tenían que crecer de forma equidistante con respecto a las murallas. Al salir de la ciudad sólo podían construirse cobertizos, casas bajas o barracas que no dificultasen la eventual función que tenía la muralla.

En diciembre de 1840 el Ayuntamiento de Barcelona convocaba un concurso para premiar la memoria que justificara mejor la necesidad de derribar las murallas. El concurso se falló en junio de 1841, fue el ganador Pere Felip Monlau con **Abajo las murallas!!! Memoria sobre las ventajas que reportaría Barcelona y especialmente su industria, de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad.**(*) En el documento explicitaba la inutilidad de las murallas, y la necesidad de su demolición para el engrandecimiento y progreso de la ciudad con el fin de que pudiera modernizarse. Explicaba que en los espacios que se ganaran podrían instaurarse gabinetes de lectura, escuelas de natación, casinos, «omnibus», así como una mejora de los espacios industriales:

"Queden dentro de las murallas los que viven del presupuesto público; permanezca aquí ahogándose la Barcelona oficial. Pero los que viven de su trabajo, profesión o industria, la Barcelona manufacturera e industrial, puede y quiere respirar con libertad e independencia. Al campo, pues, y fundaremos si es preciso, una nueva Barcelona"

Después de la conmoción de 1842 y cuando se estaba preparando la caída de Spartero, el 27 de junio de 1843 la Junta Suprema publicó un decreto por el que se

*. El texto completo se encuentra en el I.M.H. de Barcelona.

determinaba el derribo de las murallas excepto de la de Mar: "Haciéndose intérprete de los deseos del pueblo barcelonés y anticipándose a los mismos por considerarlos fundados en la prosperidad de esta capital". El decreto debía hacerse efectivo al día siguiente de promulgado. El inicio debía hacerse por Canaletes y Jonqueres simultáneamente. Evidentemente, la orden causó gran satisfacción a los ciudadanos. Para favorecer una política de hechos consumados, la Junta inició la demolición con la mayor velocidad posible. Abrió una subscripción para el pago de los jornales, que se establecieron en seis reales diarios. Los propios miembros de la Junta iniciaron la lista de subscriptores con cinco jornales cada uno. Como este método no era suficiente para cubrir gastos, tuvieron que obligar a todos los varones comprendidos entre dieciséis y cincuenta años a trabajar en la demolición un día gratuitamente, o bien abonar el importe de un jornal, para poder contratar a quien lo hiciera. Los propietarios de los terrenos inmediatos a la muralla, como eran los más beneficiados por la demolición tenían que hacerla por su cuenta, nivelando el terreno según creyeran conveniente. También podían quedarse con las piedras del derribo. Los acontecimientos, que acabarían en la Jamància, suspendieron los trabajos hasta doce años después.

La epidemia de cólera que sufrió la ciudad en 1854 creó desolación general. Además de las muertes, se dice que unos 6.500 sólo dentro de las murallas y muchos en los pueblos colindantes, paralizó las fábricas y negocios en general, y el desempleo produjo un estado de miseria alarmante. El gobernador civil Pascual Madoz, solicitó permiso al Gobierno para continuar el derribo de las murallas con el que proporcionar trabajo a los necesitados. Concedido éste, se iniciaron los trabajos, que se llevaban a cabo con gran lentitud. Hacia 1860, sólo quedaba en pie la muralla de Mar que desapareció entre 1878 y 1881. Con la caída de la última piedra de la muralla, todo adquiría una nueva fisonomía: Las calles que hasta entonces carecían de horizontes, se abrían al campo, hacia la sierra de Collserola o en sentido transversal hasta unir los dos ríos que daban vida a la ciudad: El Besós y el Llobregat.

El ansia por ampliar el recinto urbano y la incapacidad por conseguirlo, había sido durante años un drama colectivo, en la que todos eran actores. Por una parte, el pueblo que, de forma convulsa, exigía que cayeran las murallas que impedían cualquier modificación del hacinamiento en le que estaban sumidos. Por otra, la corporación municipal, que si bien estaba de acuerdo con los ciudadanos en el deseo

de desembarazarse del cinturón que les oprimía, tenía la presión contraria del gobierno central y tuvo que desistir en 1842 y 1843 del propósito de derruir la Ciutadella y las murallas circundantes. El ejército también tuvo parte activa en esta polémica: Era partidario de mantenerlas puesto que Barcelona era considerada una plaza fuerte más controlable si estaba amurallada. Los bombardeos desde Monjuïc de los años 1842 y 1843 ya demostraron que las nuevas técnicas rompían la inexpugnabilidad de unos muros que hasta entonces habían sido eficaces para defender la ciudad de un hipotético ataque exterior. En este tablero, también tenían un papel importante los propietarios de inmuebles, que estaban divididos: Los de extramuros deseaban la demolición para revalorizar sus terrenos en los que hasta entonces no se podía construir con una cierta dignidad y los de intramuros temían que, con el derribo, sus propiedades se desvalorizasen por el aumento del espacio edificable.

Los fuertes militares de la ciudad

A parte del castillo de Monjuïc, el más distante, pero no por eso el menos temido, la ciudad de Barcelona tenía cuatro fuertes que la circundaban: El de Drassanes, la Ciutadella, el de D. Carlos y el «Fort Pius».

“Te pareces al reo desdichado
que hincada tiene la rodilla en tierra,
y volviendo los ojos, ve azorado
el cuadro de fusiles que le cierra”⁽¹⁾

El de Drassanes ⁽¹⁾ estaba en la Rambla de Sta. Mònica. Se remonta a la época de

¹ RIBOT: *La ciudadela Dentro de Poesías escogidas* (1846) (pág. 97.)

² La ciudad tenía que defenderse contra la piratería enemiga con un armamento de naves propias que posibilitasen el auxilio de otras, amigas, que estuviesen en peligro. Para ello, tenían que construirlas y mantenerlas al resguardo de la intemperie, de las miradas curiosas y de la piratería. Con ese fin fueron creadas las Drassanes. Fueron a complementar las «Drassanes velles» que había junto al portal de Regomir. Parece que se iniciaron en tiempos de Jaume I, aunque se acabaron con el aspecto monumental actual a finales del siglo XIV. Un relato popular cuenta que las embarcaciones de

Jaume I el Conqueridor. Fue ampliándose con edificaciones que servían de almacenes para guardar armas y pertrechos de guerra. El siglo pasado comprendía la Real Maestranza de artillería, un cuartel de infantería y caballería. Era un recinto militar flanqueado por baluartes y adosado a la muralla. Formaban el edificio nueve naves, dividido en seis partes, en las que había oficinas del departamento y dirección de la Maestranza, horno y talleres de la fundición de cañones, almacén de maderas, taller de carpintería, herrería, sala de armas, arsenal, etc. Había un gobernador y un mayor de plaza.

Las fuerzas armadas se reunían en el fuerte para hacer frente a los bullangueros. Era el segundo centro militar de la ciudad; la categoría de ser el primero le correspondía a la Ciutadella. Los prisioneros que encerraban en sus celdas tenían delitos más variados que los de los reclusos de la Ciutadella, en donde estaban los reos por motivos políticos.

Las tropas, en el cambio de guardia, hacían sus evoluciones en medio de la Rambla, en público. Siempre tenían mirones entre los turistas o ciudadanos que se distraían con el espectáculo de ese ritual. Hay un romance popular que así lo recuerda:

Colón fueron construidas en ellas. Desde principios del siglo XVII, tuvieron un progresivo cambio de uso: La política de los virreyes decidió que las Drassanes tenían que convertirse en almacén de armas y reducto militar, para la defensa de la ciudad o para controlar sus posibles desórdenes, en caso de que llegaran. La Revolta dels Segadors con el conde Santa Coloma como primera víctima, acabó de decantar el uso de este lugar. Después de la guerra de 1714, el vencedor decidió que flanquearía la ciudad con dos ciudadelas: La de la Ribera y la de las Drassanes. Esta segunda, proyectada por el mismo ingeniero militar de la Ribera, Verboom, no llegó a terminarse. No obstante, también presentaba un aspecto hostil de castillo militar, con torres, muros, portales y fosos, cuartel y prisiones, que obstruía el paso de la Rambla e impedía la vista del mar, hasta el año 1850 en el que se abrió la «Porta de la Pau». Durante las obras previas a la Exposición Universal de 1888, desapareció el baluarte para dar lugar al paseo actual.

La leyenda popular asegura que el propio bandido Serrallonga en 1633 fue encerrado en la prisión de la torre cuando se le inició el proceso que culminó con su ejecución. Desde su encierro, pedía ayuda por una ventana enrejada que daba al exterior y prometía riquezas al que le sacase de allí. Esta torre estaba inserta en la muralla del Raval con el portal de Drassanes que se llamó de Sta Madrona. Abría la entrada a Barcelona por el camino que bordeaba el mar al pie de Monjuïc. La muralla tenía tres portales más: El de Tallers, de St. Antoni y el de St. Pau.

"Des d'aquí se sent la tropa
quan a la parada va
que es fa davant de Drassanes
en aquell passeig que hi ha;
si hi aneu, de la música
podreu prendre una ració,
que el que està dejú, a les onze,
és un menjar tal qual bo.
Quan han fet sos destinos
un per qui, altres per lla,
vas cap a la Boqueria
que és on més concurs hi ha".(*)

Continuando por la Muralla de Mar hasta el extremo N.E. de la ciudad estaba y permanece, con una función muy distinta, el recinto de la **Ciudadella** ⁽¹⁰⁾.

*. Recogido por AMADES, Joan en: **Histories i llegendes de Barcelona**. Vol. I, Edicions 62, Barcelona, 1989 (1984), pág. 140.

¹⁰. Fortaleza construida después de la ocupación de Barcelona en 1714, por Felipe V, bajo la dirección del ingeniero militar Prosper Verboom (1716-19), para lo que se destruyó y trasladó el barrio de la Rivera a la Barceloneta, compuesto 1.200 edificios y que se había distinguido en la defensa de la ciudad. Asimismo, se demolieron los conventos de San Agustín y de Sta. Clara. Todo ello sin indemnización ninguna. Sólo se conservó la torre de San Juan, vecina de Sta. Clara que transformaron en prisión militar. La fortaleza era de planta pentagonal, con cinco baluartes y una gran explanada exterior para maniobras, donde también se llevaban a cabo las ejecuciones. Los nuevos edificios, que todavía se conservan, estaban compuestos por el palacio del gobernador, el arsenal y la capilla, de una nave con cúpula y campanar cilíndrico adosado al ábside. En el centro de la construcción se abría un amplio patio. Disponía de almacenes de pólvora, tres hornos de pan, dos pozos y una fuente, que se surtía de la acequia Comtal. Podía albergar cómodamente hasta ocho mil hombres. Toda la construcción, rebosada de rojo oscuro, estaba rodeada por amplios fosos. Por su origen y su evolución histórica, -fue tomada por los franceses en 1808 y ejecutaron allí a todos los que tuvieron por enemigos; hubo atrocidades reiteradas, tanto realizadas por el conde de España como a causa de la guerra carlista-, era odiada por los barceloneses y se esperaba con ansia el momento de su demolición. En 1841 la Junta Suprema de Vigilancia de Catalunya decidió su derribo, pero no se llevó a efecto por la oposición del capitán general Wan Halem y tuvieron que reconstruir una parte de la muralla que habían tirado a tierra. Después de la Revolución de Septiembre de 1868, La Junta Revolucionaria, por decisión del general Prim, cedió los terrenos de la Ciudadella a la

Era un lugar emblemático de los sufrimientos de la ciudad y muchos autores de esos años la tienen en cuenta en sus escritos, tanto en verso como en prosa:

El padre Manuel en *Las delicias del claustro...* hace un canto elegíaco de la construcción:

"Entramos en una ciudadela, pasamos por un puente levadizo, nos apeamos al pié de una torre muy conocida, y me dejaron en un lóbrego calabozo. Hacía algunas decenas de años de un siglo que esta torre formó parte de un monasterio cuya fábrica era magnífica. En torno suyo hay en el día, cuarteles, murallas, baluartes y caballeros; y no se oye mas que el ruido de las armas, el canto monótono de algunos soldados, y la voz de alerta repetida de tiempo en tiempo. Antiguamente fué este espacio un barrio hermoso compuesto de unas dos mil casas, cincuenta calles, cinco plazas, un hospital y dos iglesias; en él moró y vivió de su trabajo un pueblo laborioso; en él florecían las artes de la paz hasta que una guerra, no menos cruel que la del día de hoy, atrajo sobre este lugar las iras de un conquistador implacable. Ay! de los vencidos. Aquellas casas fueron derribadas, los monumentos públicos quedaron demolidos, las calles y plazas desaparecieron, y los infelices moradores se vieron compelidos á ganar su sustento llevando en hombros las propias piedras de sus viviendas para levantar con ellas un inmenso convento dedicado á las divinidades destructoras.⁽¹⁾

Era el paradigma de la opresión para los barceloneses, sobre todo para los progresistas. Los patriotas catalanes eran encerrados en las celdas de su prisión, si se sospechaba de su participación en algún movimiento revolucionario. El religioso protagonista de la cita anterior no pretende jactarse de revolucionario y también muestra un claro rencor hacia la Ciutadella.

Si en el entrecomillado, Patxot, como historiador que es, presenta el devenir histórico de la fortificación, Pere Mata nos muestra el interior de una celda en una descripción

ciudad de Barcelona, en donde se construyó el actual parque público.

¹. *Las delicias...* Cap. I, pág. 12.

no exenta de matizaciones afectivas, puesto que es el propio Pimentel el que está en ella privado de libertad. Es el espacio descrito con mayor precisión en su novela **El poeta y el banquero**:

"Por una abertura de dos pies de largo y ocho pulgadas de ancho, que respiraba en la camisa de la muralla y parte de su terraplén entraban desvirtuados algunos reflejos de la luz del día y alumbraban tristemente un reducido espacio abovedado, húmedo y hediondo, sin más mueble que un mal tonel medio podrido de puro recoger las inmundicias de los presos que sucesivamente se habían consumido allí para acabar al fin en el patíbulo en los tiempos en que el sanguinario conde de España perseguía á los patriotas. De los oscuros ángulos de su bóveda colgaban anchas y gruesas telarañas cayendo al peso de la arena que se desprendía de la argamasa del techo, descompuesta por la continua humedad, y con las manchas pardas trazadas á la manera de mapas por la infiltración de aguas pluviales, formaban en el toldo de este lúgubre local una especie de matiz sombrío y repugnante que acaba de absorber la poca luz recibida por la angostísima abertura. Divisábanse en las paredes, negras y viscosas de un aire siempre el mismo que ya habían respirado cien inquilinos, aquí dibujados con carbón, allá con un color como sangre, caldo ó zumo de alguna fruta, mas allá con la punta de un vidrio, ó de una navaja, paisajes, figuras, cabezas de animales, bosquejos obscenos, versos, retazos de prosa, espresiones de ternura, de rabia, de desesperacion, de aturdimiento, de sensualidad; nombres queridos, nombres de los presos con sus oficios y fechas de su prision, maldiciones, apóstrofes a los acusadores, y todo esto trazado por manos diferentes, bosquejado con mas ó menos felicidad, sin orden ni concierto, y formando como un mosaico palpitante, como una rebosadura espantosa de las paredes, que ya no podían absorber mas suspiros, lamentos, imprecaciones y apóstrofes de los presos. Tal era el calabozo donde habían sepultado tan arbitrariamente al pobre poeta los hombres que se daban á sí mismos el título de «moderados»⁽¹²⁾.

La cita es muy larga pero me parecía necesaria para mostrar los sentimientos de Mata con respecto a la situación que vivían los sospechosos de insurrección,

¹². MATA, Pere: **El poeta y el banquero** Barcelona, 1842. Vol.IV, pág. 21-23.

expresados a través de su personaje. Es la descripción de un calabozo, que quien lo ha sufrido no puede mostrar con neutralidad. Nos señala un espacio modalizado afectivamente "húmedo y hediondo", "de oscuros ángulos" con "paredes negras y viscosas... que ya no podían absorber mas suspiros de los presos" etc., para que al lector no le pase desapercibida su desafección por el lugar y ni su acusación hacia los que le encarcelaron. Pimentel no ha participado en la última bullanga del 4 de mayo de 1837, pero eso los moderados lo ignoran o quieren ignorarlo y si se ha de demostrar alguna cosa, no es su culpabilidad, sino su inocencia, ya que en la hipótesis de presunción, no entra la inocencia como previa. Permanece encerrado sin juicio, durante muchos días. No tienen pruebas, no pueden demostrar nada. Después le dejan salir, sin más, con el consejo de que se vaya de España, para no verse envuelto en mayores complicaciones.

Otros jóvenes radicales que participaron en el cambio político de la época, denunciaron por medio de sus escritos, lo que era y significaba la Ciutadella. Nos han llegado dos poemas de Antonio Ribot i Fontserè en relación con el tema. En uno, titulado «**La Ciudadela**»⁽¹⁾, entiende que Barcelona es una gran prisión, puesto que por un lado están los cañones de Drassanes, pendientes de cualquier insurrección y por otra la Ciutadella que castiga a los insurrectos que han sobrevivido. Ante esta situación, el poeta exclama por medio de estos serventesios:

¿Veis una torre gigantesca y ruda
que con el cielo á cuestas se levanta,
y una ciudad que la contempla muda
sin poder respirar bajo su planta?

Esta torre es la torre ignominiosa
que muestra al catalan la Ciudadela....
en vano lloras Barcelona hermosa,
si de piedra es tu adusta centinela".

El poema completo fue escrito en 1842, lo forman veintidós estrofas en las que hace un recorrido histórico que llega hasta lo que Barcelona es en ese momento. En

¹. En **Poesías escogidas**. Imprenta del Tiempo, Madrid, 1846. Pág.95-98.

algunos versos se pregunta:

"¿Quién destrozó tus barras poderosas?
¿Quién del gran Rocafort la espada empuña?
¿Quién cargó de cadenas afrentosas
á tus soberbios hijos, Cataluña?"

.....

"¿Cuándo será que el catalan cansado
del furor de los tigres participe,
y en su furor derribe exasperado
ese soberbio alcázar de Felipe?"

A finales de 1841, la Junta de Vigilància, que velaba por la conducta de las autoridades y precavía los intentos de revueltas, ante la presión popular, decretó el inicio de la demolición de la muralla de la Ciutadella, hecho que produjo gran satisfacción a los barceloneses. La alegría duró poco puesto que el capitán general Wan Halen, ausente de Catalunya en el momento que se dictó la feliz orden, impidió a su vuelta, poco después, continuar la demolición y mandó la reconstrucción de lo que habían derruido. Ante la inicial noticia de permitir su destrucción, Ribot i Fontserè ⁽¹⁴⁾ hizo un símil entre la fortaleza y un gigante:

"¿No ois como el pico los miembros quebranta
del rudo gigante, padron del desdoro,
que á todos sugetos nos tuvo á su planta,
nutriéndose solo de sangre y de lloro?"

"¿No ois como cruge cayendo su casco
á golpes y golpes que el libre dispara?
¿No veis cómo salta la sien de peñasco
del monstruo que un dia Felipe engendrára?"

¹⁴. Ibid. nota nº 10. «A Barcelona». «Al demoler la Ciudadela en octubre de 1841». Pág. 143.

También Victor Balaguer ⁽¹⁵⁾, años más tarde, compuso un poema «**iAbaix la Ciutadela**», musicalizado por el maestro Joan Tolosa. Se hizo muy popular puesto que formaba parte del repertorio de piezas en los conciertos que celebraba. Está compuesto por siete estrofas de metro variable. Se inicia a modo de oración:

“¿Quin será, oh Dèu, aquell día
de ventura sens igual,
d'altres días rica estela,

¹⁵. Victor Balaguer i Cirera (1824-1901) Nacido algunos años después, pero en fecha suficientemente temprana para poder asociarse con los autores iniciadores del renacimiento romántico. Inició estudios de Derecho que pronto abandonó para dedicarse plenamente a la Literatura. Esta decisión provocó una ruptura con su madre y le desheredó. Fue político, historiador, poeta y dramaturgo. Colaborador en el periódico «**El Constitucional**» y en las revistas «**El Laurel**», «**El Genio**», «**La Lira**», alguna fundada por él mismo. El año 1849 fundó «**El Catalán**». Divulgador de la historia de Catalunya al modo romántico, entremezclando historia y leyenda e inspirada en ideas liberales progresistas. Escribió **La Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón** (1850-1863) **Las calles de Barcelona** (1865) **historia política y literaria de los trovadores** (1878-79), etc. Participó en la restauración de los «**Jocs Florals**» de Barcelona en 1859, publicó la antología de «**Los trovadors moderns**». Escribió varias obras de teatro **Don Joan de Serrallonga** (1868) **Tragèdies** (1876), **Los Pirineus** (1893), etc. Corresponsal de guerra en Italia durante la guerra italo-austriaca. Sufrió exilio por participar en la conspiración de Prim desde 1865-67. Al triunfo de la Revolución de 1868, participó en varios gobiernos progresistas. A la caída de la primera República fue nombrado ministro de Ultramar hasta 1886 que volvió para participar en el gobierno de Sagasta. Creó en Madrid la biblioteca de Ultramar donde se conservaban documentos útiles en relación con las colonias españolas. Permaneció en Madrid hasta su muerte.

El texto que citamos más abajo es una poesía breve **iAbaix la Ciutadela!** sin fechar, recogida en «**Poesías catalanas**»(1892), en la que se sigue lamentando por los penosos muros en los que se sienten prisioneros los barceloneses. Escrita en quintillas alternadas con otras de estrofa variable.

“No hi há castell en la terra
que ésser puga més odiat,
ni de més ignoble gloria,
ni de més horrible historia,
ni de més inich passat.
iAbaix la Ciutadela!
iAbaix! iabaix! iabaix!”

De este autor, hemos consultado con frecuencia **Las calles de Barcelona** (1865) por su aportación documental en relación con aspectos topográficos e históricos de la ciudad.

en que al fi la Ciutadela
la veurém enderrocar?" (16)

A continuación explica la situación de oprobio en que se halla la ciudad a causa de la existencia de la Ciutadella y sueña con su desaparición. Al final de la poesía materializa la súplica inicial y acaba con la exigencia de su demolición.

"Senyors de la justícia,
lo poble català
fa temps que 'us ho demana
ab llàgrimes de sanch:

¡Abaix la Ciutadela!
¡Abaix! ¡abaix! ¡abaix!"

Los dos versos finales son el estribillo que se repite después de cada estrofa. Como curiosidad, hay que decir que, el propio Victor Balaguer, como vocal de la Junta revolucionaria, trasladó, en nombre de la Junta, la orden de derribo de la fortaleza en 1868.

El tercero era el fuerte de **Don Carlos** estaba junto a la orilla del mar. Tenía forma circular y se comunicaba con la Ciutadella por un camino cubierto. Recibió el nombre de un hijo de Felipe V.

El cuarto era el «**Fort Pius**». Estaba en el Este de la ciudad. Según alguna crónica a una distancia de 2.700 pies (17), equivalente a algo menos de cien metros del portal Nou. Era rectangular, tenía 165 metros de largo por 144 de ancho. Veintidós cañoneras lo parapetaban. En la parte de extramuros tenía un foso y un camino de ronda cubierto, y en la de intramuros, había un muro con aspilleras. El «Fort Pius»

16. V. Balaguer: **Poesías catalanas (Cada una con su traducción castellana, francesa ó italiana) por conocidos literatos.** Tomo II, **Lo llibre de la Patria.** Madrid, El Progreso, 1892. (Pág. 147-149)

17. Cada pie equivalía a veintiocho centímetros.

era el vigía del llano y de la carretera de Francia. Tuvo una importancia muy limitada.

Monjuïc ha actuado a lo largo de la historia y de forma reiterada, como madrastra de sombra siniestra y recuerdos funestos. En 1640, se construyó el primer castillo en treinta días, durante la «Guerra dels Segadors», al pie del cual los catalanes ganaron a Felipe IV, en enero de 1641. Conquistado por el príncipe Hessen-Darmstadt en 1705 en la guerra de Sucesión encontró en él la muerte, junto con ochocientos defensores y el castillo fue volado por las tropas borbónicas. Fue reconstruido, tal como es actualmente, por los Borbones en el siglo XVIII y se utilizó como prisión militar. Balmes personifica la montaña:

"Orladas mis sienas de antiquísima muralla, la llevo airoosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarán con tanta magestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellon de Castilla. El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad del mar"
(¹⁰)

Por dos veces, en 1842 y 1843 los cañones del castillo bombardearon Barcelona. Ya en tiempos más recientes, ha seguido siendo escenario de escenas de dolor de forma reiterada. Por ello, también ha habido lamentos de distintos autores. Victor Balaguer dice que Monjuïc es "sombrio como un remordimiento, solitario como un criminal" y Joan Maragall la llamó "la montanya de mala anomenada".

En el apólogo, Balmes establece un diálogo con la ciudad, en el que, con despecho, le dice a Barcelona que es su esclava. Como la ciudad lo niegue, le recuerda las represalias que le ha enviado por ser insurrecta:

"¿Olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables bramaban enfurecidas, derramando sobre ti tormentas de fuego é inundándote con espesa lluvia de hierro candente? ¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrisono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, mas ligero que el

¹⁰. Jaime Balmes: *Un castillo y una ciudad* en «La Sociedad» Revista filosófica política y literaria. Barcelona 1843. Tomo I pág. 45.

niño al lanzar la piedra de su honda? ¿Olvidaste cuando se alzaban rápidos hasta la región de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima, y blandían su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo y el estrepitoso hundimiento de los techos y el desplomarse de los edificios y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra? ¿No eres mi esclava?"⁽¹⁹⁾

Cambia su actitud en la prosopopeya creada por A. Gironella. En ella, la montaña se lamenta de haber sido tan admirada por la ciudad, a la que le da su antiguo nombre de colonia romana: Favencia, y que ella, como contrapartida, le haya sido sistemáticamente infiel.

"Oh! fou, sí, sèmpre, sèmpre quan vingué lo cas
de llansarli ab furor argòllas odiosas
y llamas espantosas,
y son solar hermòs deixar-lo sec y ras"

"Per fer al despotisme un triunfo brillant,
y son impuls matar per noble llibertat,
llavors jo he defensat
ma filla? Nò, nó may: sò n'ènemich m'és gran!"⁽²⁰⁾

Monjuic es el único accidente irregular dentro de la simetría del plano de Barcelona: Ríos de Besós y Llobregat por el Norte y el Sur respectivamente, la sierra de Collserola desde Finestrelles hasta Mont Orsà de Norte a Sur por el Oeste, una suave ladera que lleva al llano con las calles formadas a partir de antiguos cauces fluviales que se dirigen desde la montaña al mar: Rambla, Vía Laietana, Riera de S. Joan... y el mar Mediterráneo por el Este. Monjuic es una elevación brusca de terreno rocoso cuyo nombre por tradición le viene de un hipotético templo dedicado al dios Júpiter que en una de sus incursiones por el Mediterráneo llegó hasta esas latitudes, en donde desembarcó para descansar algunos días. Este origen mítico del nombre no

¹⁹. Ibídem nota anterior.

²⁰. A.GIRONELLA: *Lo penitènt*. Dentro de *Los trobadors nous* editado por Antoni Bofarull. (Pág. 382). Llibreria Nacional i Estrangera, Barcelona, 1858.

excluye que sus primeros moradores fueran prerromanos y que después también estuvieran los romanos.

Del monte se ha sacado la piedra rosada y dura para numerosas construcciones del llano: Murallas, fortalezas, casas, esculturas, fuentes, etc. Tanto que, según un texto de Jacint Verdaguer, bien puede considerarse, ante la ciudad, como una madre fecunda "os de mos ossos". Balmes también reconoce su faceta de madre acogedora:

"Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besa el mar: al rugir la tormenta miro con desdén alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra; y cuando el mar en calma se tiende sosegado su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal."⁽²⁾

Como cara y cruz de una misma moneda, en la época que nos ocupa, Monjuïc era el lugar de extramuros, preferido para el esparcimiento de los urbanícolas de la amurallada ciudad, de la que salían por la antigua puerta de Sta. Madrona o de Drassanes tanto para tomar los baños en la playa de «Can Tunis» como para ir a las huertas y canteras de S. Bertran o a las distintas fuentes de la montaña. En la ladera de la montaña, tanto el terreno rocoso como las huertas recibían el nombre de la ermita dedicada al santo.

Durante los días festivos era un espacio muy concurrido puesto que, aunque en el momento que tratamos había desaparecido la iglesia a causa de la invasión de los franceses a principios del XIX, tradicionalmente se habían hecho procesiones en días señalados o visitas individuales tanto a S. Bertran como a Sta. Madrona para pedir gracias especiales. Parece ser que en S. Bertran había dos santos (S. Elm y S. Adjuditori) que abogaban por los navegantes y por los problemas filiales respectivamente. En la novela de J. del Castillo *Adelayda o el suicidio* el padre de Enrique, el desaprensivo que con su desamor había ocasionado el suicidio de la joven, va a este lugar, después de largos años de ausencia de la ciudad para conseguir, mediante las súplicas al santo, tener noticias de su hijo, del que desconoce el

²⁾ Balmes: *Un castillo ...*

paradero. Son bien pronto oídos los ruegos, ya que, al llegar, se encuentra con el padre de la suicida que también había acudido a la ermita de S. Bertran para recordar a su hija muerta y, al ser preguntado por la razón de su pena, entre llantos, le explica los tristes sucesos, con lo que, de una forma inimaginable adquiere la información necesaria para encontrar al hijo perdido.

El principal atractivo de la montaña eran las numerosas fuentes, alrededor de una veintena, a las que los barceloneses iban a comer o merendar los domingos de las estaciones cálidas. Estaban situadas en la ladera Norte de la montaña. Gracias al agua que manaban, eran unas zonas frondosas pobladas de plátanos, robles, eucaliptos, castaños, acacias, etc., y desde ellas se podía divisar la ciudad. Había la fuente de Santa Madrona, «dels Tarongers», la «Font trobada», la de la «Torre forta» del Gat, de la Mare de Deu del Port, «Can Tunis», la Pedrera, del «Ecce-Homo», de la Guatlla, Pessetes, Vista alegre, Recreo, Bona vista,... En el llano estaba la de «Tres pins» en un bosquecillo de pinos y rodeada de tres más grandes, que le daban el nombre. Junto a ellas había merenderos y chiringuitos de bebidas y comidas. Los platos típicos eran los mejillones con cebolla i el conejo con caracoles; todo ello regado de buen vino del Penedès. Las más populares, que recogen muchos relatos costumbristas eran la «Font trobada» y la del Gat. El baró de Maldà en su «**Calaix de Sastre**» da noticia del descubrimiento de la primera, el día tres de agosto de 1778, en los siguientes términos:

"Cosa de poch temps se ha descobert una font à la que nomenen **trobada** al peu de la muntanya de Monjuich que fa prova als que han begut de la dita aigua, facilitarlos la orina y purgació del ventrell"

La «Font trobada» sufrió un gran deterioro en su entorno durante la ocupación de las tropas napoleónicas. En 1817 el gobernador de la plaza, Andrés Pérez de Herrasti, abrió puntos de acceso hasta la fuente por medio de dos vías con frondosos árboles: Una peatonal y otra para carruajes. La fuente fue inscrita en un edificio de piedra. Junto a él se alzaba otro en el que había cafetería y fonda. También se colocaron unas glorietas de listones de madera y cañizo pintados de color verde y con plantas enredaderas. La «Font trobada» era la preferida por las clases acomodadas, que solían ir desde principios del verano hasta Todos los Santos. La «Font del Gat» era más modesta, pero la más popular de la montaña. Tenía fama de manar un agua de

inmejorable calidad a la que se le atribuían también innumerables propiedades. Además, estaba rodeada de frondosos árboles que producían una fresca sombra. Había unas décimas anónimas en plafones sobre la fuente. Una de ellas decía así:

"Me diuen la font del gat,
perquè un gat me descobrí;
I meva aigua fins aquí
a molts malalts ha curat.
És tant cert y veritat
lo que va dir un gran herbolari
en aquell temps de xivarri:
Qui d'aquesta aigua beurà
no necessita la ruà
ni metges ni apotecari"

Estos versos han sido atribuidos a Robrenyo. Por sus características bien pudieran serlo. De rima fácil, verbo coloquial y aire popular. Aunque su paternidad no consta y fueron puestos en el lugar que ocupaban, veinte años después de su muerte. Ambas cosas dificulta el poder asegurar la autoría con garantías.

El interior de la ciudad anterior al «Pla Cerdà»

La amurallada Barcelona era una pequeña ciudad de forma hexagonal. La medida máxima de coordenadas era la siguiente: De algo más de un kilómetro²²) en el imaginario eje de ordenadas situado en la Rambla, desde el Portal de la Pau hasta la actual plaza de Catalunya y de casi dos kilómetros²³) en el de abscisas, en la línea transversal formada entre las puertas: Nova junto al actual paseo de Lluís Companys y la de S. Antoni, cercana a S. Pau del Camp. En total, casi dos kilómetros

²². 1.1 km.

²³. 1.7 Km.

cuadrados²⁴). Su superficie estaba saturada de angostas y tortuosas calles, cuya anchura media no rebasaba los tres metros y medio. Calles umbrías y frías en invierno y pestilentes e insalubres durante los meses cálidos. Las calles más anchas de la ciudad eran: Ample que tenía 7.48 metros, de ahí su nombre. Nou de la Rambla con 9.20, y la de Ferran que pasaba de los diez metros. El área de expansión estaba situada en las grandes huertas del Raval, entre la Rambla y las puertas de Sta. Madrona y S. Antoni («les hortes de Sant Pau»). Formaban extensas manzanas de pequeñas casas en las que vivían los hortelanos. Desde los años treinta se empezaron a hacer obras urbanísticas en la zona. Entre las huertas, se abrían calles, lo que permitía la edificación. Las iniciativas particulares se materializaban pronto, mientras las que impulsaba el ayuntamiento, no acababan de llevarse nunca a cabo. Era una zona populosa propicia para el establecimiento de talleres y fábricas, en la que no había ninguna plaza pública y de donde huían las familias acomodadas.

Desde 1818 se había iniciado la construcción de bordillos y aceras, aunque por los años treinta y aún mucho después, eran escasos los circuitos exclusivamente peatonales. Según el informe de Ildelfons Cerdà, peatones, coches, carros y carreros compartían el mismo espacio viario en la mayoría de las calles, en las que, además, casi siempre se podía circular en ambos sentidos, con los consiguientes atascos y frecuentes accidentes. La parada de un coche, el arreglo del pavimento, o de las alcantarillas, significaba el total colapso, puesto que, la estrechez de la calle impedía cualquier maniobra. Vehículos de gran tamaño no podían circular por muchas calles, siendo bastantes las que sólo permitían la entrada de carretones de dos ruedas, arrastrados por los tan populares mozos de cuerda. Asegura Cerdà en su informe que, en las vías de la ciudad:

"(La) superficie (es) siempre mezquina, así en los tramos como en los nudos, por cuya razón:

- 1º. Es difícil incómoda y peligrosa la circulación de cualquier clase y en cualquier sentido que sea.

²⁴. Según el informe de Ildelfons Cerdà: **Teoría de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona**. 2 tomos. Madrid, Imprenta Española 1867. Tomo 2º. (Pág. 537-539) eran 1.948.711,60 m².

2º. Son **sumamente molestas** las paradas, tanto para el que se detiene, como para el que quiere marchar sin interrupción.

3º. Son **todavía más molestas** las operaciones de montar y apearse, cargar y descargar, etc., que ocurren á todas horas y en todos los sitios de las vías."⁽²⁾

Ya en el siglo XVIII, el aumento de la población creaba graves problemas a la ciudad, de natural floreciente, porque el cingulo de piedra que la oprimía no permitía darle expansión. La situación se agravó en los años treinta del siglo XIX en los que, con motivo de la industrialización, Barcelona vio engrosar considerablemente su número de habitantes por los inmigrantes que llegaban en busca de un puesto de trabajo. Como los espacios para construir nuevas viviendas escaseaban, se elevaban las edificaciones antiguas. Entre 1834 y 1840 muchas casas de la ciudad aumentaron el número de plantas de cuatro a cinco, frecuentemente superponiendo pisos en casas viejas, sin comprobar la capacidad de los cimientos o por medio de arcos de distintas formas que cruzaban las calles. De ahí, la abundancia de nombres con anteposición de la palabra «Volta»: de la Cadena, de la Perdiu, de la Bòria, de S. Onofre, de S. Pau,... o «Arc» de S. Ramon, del Teatre, «dels Arcs», etc. Con ello se producía, como después se ha seguido sucediendo, un crecimiento urbano vertical, con el encarecimiento del suelo que era un bien escaso, y el de los alquileres, con calles oscuras y poco ventiladas, hediondas en verano y húmedas en invierno.

En estas circunstancias, las viviendas no podían ser de dimensiones desahogadas, ni estar en condiciones óptimas.

Cerdà elabora un resumen con sus características, después de analizar la capacidad de los pisos de las distintas calles y barrios. Señala al respecto que son:

1º. Conglomerados, por la justaposición comprimiente y túpida de los edificios.

2º. Opacos, por efecto de la desaparición completa de los jardines y reducción excesiva de los patios.

². Ibid. anterior, pág. 537.

3º. Estratificados, por la sobreposición oprimente de los pisos.

4º. Comunistas, por sus medianerías, por sus patios ó corrales de vecindad, por sus escaleras, por la superposición de pisos y de familias, etc.

5º. Caros, en el precio excesivo del arrendamiento de los pisos, por el monopolio sin tarifas que establecen respecto de la explotación del suelo y de la atmósfera.

6º. Insalubres, por la reducida capacidad de las habitaciones y de los dormitorios de cada piso ó estratificación."(*)

Las casas barcelonesas ochocentistas fueron de gran uniformidad. Estaban hechas bajo la influencia de la arquitectura de Soler Feneca padre e hijo, que construyeron la fachada de la Llotja, de un neoclasicismo sólido y genuino, de planos limpios y cortados, con mamparas que cerraban espacios interiores más complejos, y que fue la base de todas las fachadas de las casas urbanas neoclásicas y románticas hasta que llegaron las construcciones más eclécticas de l'Eixample.

Aun hoy, pueden comprobarse las características comunes a estos edificios, en un recorrido por la Rambla, calle del Carme, Hospital, Boqueria Princesa, etc. El basamento, en general, es de piedra. Los arcos de las puertas tienen molduras muy simples. Sobre el basamento, se abren una serie ordenada de balcones que sobresalen de la fachada de forma decreciente. La primera planta, la noble, tiene un balcón único con baranda decorativa. Los de los pisos siguientes se estrechan y acortan a medida que ascienden. Entre balcón y balcón, los muros suelen estar decorados con dibujos estucados. Se destacan unos elementos verticales de piedra, con poco relieve en general, aunque a veces llegan a tener el volumen de hasta medios pila es: Toscanos, dóricos o jónicos, con el fuste casi siempre liso, sin estrías. Las cornisas son planas y altas. El uso, en los balcones y en el friso de la cornisa, de ménsulas altas y en general sin molduras ni esculturas, es uno de los detalles más específicos de este estilo arquitectónico.

*. CERDA: *Teoría general de la urbanización...* tomo II, pág. 539

La planta de las viviendas era invariable. Prima, sobre todo, el máximo aprovechamiento de la fachada, por donde recibía la luz y la ventilación. El comedor y la habitación, compuesta por sala y alcoba, eran las piezas importantes. El interior de la casa se construía con ladrillo o con mampostería y las bovedillas con doble hilera de baldosas sobre las vigas de madera. La forma de la escalera y de los terrados eran los peculiarmente catalanes.

Si bien los cambios espectaculares de la ciudad se materializaron en la segunda mitad de siglo, empezaron a fraguarse en la primera mitad, por mor del espíritu romántico emergente e imperante, perceptible durante los años que estamos tratando. Con sus excesos y sus ansias de romper con todo lo que supusiera tradición, y sin pararse a reparar en las tropelías e incluso magnicidios que eran capaces de cometer en aras de la modernidad y el progreso.

Las reformas urbanísticas llevadas a cabo durante el siglo XIX se caracterizaron por estar imbuidas de la ideología de la época. Entre las tendencias dominantes, que han dejado unas huellas indelebles en la construcción de la Barcelona moderna, caben destacar aquellas que se fundamentaban en el progresismo y en el laicismo, en definitiva, en el espíritu romántico imperante: La apertura de la vía transversal que en su avance iba recibiendo nombres reales: Ferran VII, Jaume I, Princesa. La formación de nuevas plazas a partir de la desaparición de los cementerios parroquiales que rodeaban las iglesias. La desamortización de los terrenos pertenecientes a los conventos quemados en 1835 y su conversión en espacios públicos; Plazas, mercados, teatros, centros educativos, etc. y, finalmente, el más ambicioso: La demolición de las murallas de la ciudad y la posibilidad de realizar «l'Eixample».

Todas las transformaciones tenían algo en común: El afán de trazar y construir en línea recta. La línea recta tuvo durante esos años un culto carismático, en el que coincidieron políticos y técnicos, que supieron descifrar e interpretar las apetencias del pueblo. Barcelona, una ciudad angosta, de calles estrechas, serpenteantes, poco aireadas, oscuras e insalubres, ansiaba desasirse de su corsé, para lo que tenía que delinear y construir rompiendo los esquemas anteriores. Llevar a cabo estos cambios supuso falta de escrúpulos, por no respetar muchos edificios que en épocas anteriores habían dado esplendor a la ciudad, como las iglesias de S. Francesc, S. Miquel, S.

Jaume, Sta. Carterina, etc., y otras estuvieron a punto de desaparecer. Sólo se conservaron, en parte, las construcciones renacentistas de la Casa de la Ciutat y la Llotja. Los progresistas iban con la piqueta o la tea incendiaria y eran avalados por una mayoría, mientras que los conservadores, con su canto elegíaco recordando un pasado mejor, no eran capaces de ofrecer ideas alternativas sugestivas.

Cabe destacar otro aspecto, también característico de esta época: El afán filantrópico se anteponía al urbanístico. Con frecuencia, se construía para ocupar a personas desocupadas, y era algo secundario lo que hicieran. El paseo de l'Esplanada, en el enclave que luego se llamó salón de S. Joan, se había hecho inicialmente para combatir la miseria; después descubrieron que no tenía los requisitos apetecibles y fue destruido. Más afortunado fue el paseo de Gràcia que tuvo su origen por unas razones parecidas.

El intento de hacer reformas urbanas con sentido de previsión, empezó a hacerse de forma seria a partir de los estudios de Cerdà, aunque con una visión muy rígida acerca del respeto del trazado diseñado y que acababa, como consecuencia, con la demolición de las edificaciones que encontraban a su paso, que impidieran la realización del proyecto previo, aunque se tratara de una edificación de interés histórico y artístico.

Lugares emblemáticos

Veremos a continuación aquellos lugares de la ciudad que los autores estudiados refieren en sus obras respectivas. Existen pocas descripciones que permitan recrear el espacio tal y como era en ese momento. En general, lo más frecuente es la denominación del lugar, calle, plaza, etc., como el enclave exacto en el que se produjo un determinado acontecimiento: La casa del número tal, el palacio cual, sin que los autores hagan precisiones del ámbito que lo circunda. Milà de la Roca es quien más reconstruye los espacios, siempre modalizados, para contrastar la armonía del ambiente con la narración de los graves acontecimientos que presenta, de los que no es un simple observador. Toma partido y no desaprovecha circunstancia o movimiento de los personajes para mostrar un mundo maniqueo en el que concede al progresismo

la peor parte. Él se declara conservador y su relato esta enmarcado en una etapa en pugna por el predominio progresista.

Las plazas políticas: El «Pla de Palau» y la de S. Jaume.

Según aseveración de Víctor Balaguer, la plaza de S. Jaume y la de Palau comprenden la historia de la ciudad. La primera, representa a la ciudad autónoma, la segunda a la capital de provincia. En la plaza de S. Jaume se manifestaba la indignación a causa de problemas o injusticias de competencia propia, en la de Palau, las reivindicaciones obedecían a causas de política general del país.

Si bien la **plaza de Palau** nació con una vocación comercial, consolidada durante siglos, en el siglo XVIII, con la construcción de la Ciutadella adquiría un nuevo carácter político afianzado durante la centuria siguiente y que, a pesar de su vigor aparente, pronto perdió. La estancia de la familia real a principios de siglo XIX, muchas fiestas conmemorativas, laudatorias o marítimas, pero también la manifestación ciudadana para reclamar derechos, plantear problemas o recriminar injusticias, convirtió la plaza en el centro neurálgico durante los años que tratamos.

Mata sólo nombra los lugares en donde se desarrollan los hechos que relata. En **El poeta y el banquero...** no figuran apenas descripciones de la ciudad. Uno de los lugares que aparece, sin embargo, de forma repetida es el «Pla de Palau», que, como decimos más arriba, durante el siglo XIX tuvo el carácter de plaza política, después que durante siglos tuviera un destino eminentemente comercial por su ubicación junto al portal del Mar⁽⁷⁾. En ella se colocaron durante ese tiempo, los principales símbolos

⁷. Al «Pla de Palau» confluyen la calle de Reina Cristina, el paseo de Isabel II, las calles del Consolat del Mar, Canvis Vells, Espaseria, Malcuinat, la plaza de Les Olles, avenida del Marquès de l'Argentera y la calle del General Castaños.

Desde un punto de vista geológico, su origen es de aluvión, nacido de forma natural, por ensanchamiento de la playa a causa de la acumulación de tierras y arenas transportadas por los ríos Besós y Llobregat que, al dejar la corriente se han ido depositando en este lugar y de su unión con la pequeña isla de Maians y del cerro de las Falcses o Falsies que emergían de un mar con poca profundidad.

La plaza tiene un origen comercial. Los buques desembarcaban el cargamento en l

o monumentos políticos. Fue llamada plaza de la Constitució después de ser reinstaurada la Constitución de Cádiz en 1820, nombre que conservó hasta 1840. Durante los años 1835-37, narrados en la novela, el pueblo se congregó en ella, en numerosas ocasiones, para reclamar la ampliación del Estatuto Real, para exigir la devolución de la Constitución del doce, para celebrar su consecución, o para protestar por la excesiva lenidad de las autoridades ante los salvajes ataques de los carlistas. Dentro del palacio acabó sus días el general Bassa por haber desafiado el poder del pueblo. Según cuentan las crónicas, después de recibir un disparo, fue arrojado por el balcón. Ese mismo día 5 de agosto de 1835 fue destituida de su pedestal la estatua de bronce de Fernando VII que estaba en la plaza desde su colocación por el conde de España. El pueblo enardecido situaba en su lugar un retrato de Isabel II. La Junta de Autoridades proclamada pocos días después, tuvo sus reuniones habituales en una sala del palacio Reial.

El crecimiento de este comercio hizo que, en siglo XIV, el Consell de la Ciutat mandará construir la Llotja con el Porxo del Forment, para substituir otros edificios anteriores, que estaban más cercanos al mar y por ello vapuleados por el oleaje. Se amplió en el siglo XV con el «Halla dels Draps» levantado frente a la fachada principal de la Llotja al otro lado de la plaza. Allí se almacenaban y clasificaban los tejidos de lana que tenían que quedar en depósito. En el siglo XVI, el «Halla dels Draps» cambió su cometido, se convirtió en un arsenal y después de la «Guerra dels Segadors», sirvió de palacio para los capitanes generales de Catalunya. Todo ello configuraba el devenir político de la plaza. A principios del siglo XIX, la familia real española (Carlos IV y M^a Luisa) se alojó en el palacio donde recibió a la corte de Nápoles que se hospedaba en la Duana para tratar del matrimonio de los príncipes. Este edificio, llamado finalmente «Palau Reial», se incendió en día de Navidad de 1875, parece ser que de forma intencionada.

La urbanización definitiva de la plaza empezó a pensarse hacia 1818. Pero tenía que pasar muchos años hasta que se hiciera efectiva. Por una Real Orden del 15 de diciembre de 1835, se procedió a la cesión de los terrenos que permitirían la estructuración de la plaza con las características que, con algunas transformaciones han llegado hasta hoy. Por mor del entusiasmo del general Llauder, se diseñó una plaza rectangular de grandes dimensiones, en la que había la Llotja, frente al «Palau Reial», que después de su incendio cedió el nombre a la plaza. Se pusieron a subasta los terrenos en los que Xifré empezaría a construir en 1836 la manzana de casas. En 1843 se modificó el portal del Mar, parece ser, de forma poco afortunada, ya que confería al entorno un carácter funerario. Dieciséis años después, el portal fue derribado.

En los salones de la Llotja,²⁾ se hicieron las primeras representaciones de ópera de Barcelona a principios del siglo XVIII. Desde esa época, fueron igualmente notables las fiestas de Carnaval, especialmente destinadas a la aristocracia y burguesía de la ciudad, fiestas que se siguieron celebrando durante toda la primera mitad del siglo XIX. De este extremo hacemos mención en el apartado sociológico.

Al otro lado del «Pla de Palau», atravesando el paseo de Isabel II, estaba y perdura la casa de Xifré que, cuando se levantó, era la más grande que hasta entonces se había construido en la ciudad. Data de 1836. Estaba fuera de la muralla. Por esos años, Josep Xifré se hacía famoso en Barcelona porque había vuelto, después de su permanencia, durante más de treinta años en Cuba y Nueva York con una cuantiosa fortuna.

Había comprado, por subasta y a bajo precio, los terrenos de delante de la Llotja, terrenos con pocas posibilidades de construcción. Después de su adquisición, empezaron las obras de cimentación, que se convirtieron en el espectáculo gratuito más cotizado por los ciudadanos:

"Como el suelo era arenisco y a poca profundidad se encontraba el agua del mar que se filtraba a través de la arena, fué preciso sentar los cimientos de un modo por todo extremo pesado y dispendioso, que fué abriendo unas grandes zanjas

²⁾ AMADES, Joan: *Històries i llegendes de Barcelona*: Vol. II. Pág. 978-984. La Llotja es un edificio neoclásico de con un interior gótico inicialmente había sido destinada a lonja de contratación de los mercaderes barceloneses. Insuficientes las que había, Pedro el Ceremonioso autorizó a construir parte de la actual en 1380. Tiene una sala gótica obra de Pere Arveí, acabada en 1392, de tres naves separadas por tres grandes arcos de medio punto sostenidos por cuatro columnas polilobuladas. Fue convertida en cuartel después del sitio de 1714 y devuelta a la ciudad en 1767. Fue reconstruida en estilo neoclásico por Joan Soler i Faneca que enmascaró la «Sala dels Consols», redescubierta no hace muchos años. En la Llotja se instaló la Junta de Comerç que, durante años, impulsó las ciencias, las letras y las artes. Uno de los profesores, Josep Roura, catedrático de Química, fue el primero en producir gas en España, el año 1826, con el que iluminó por medio de un farol, el aula de dibujo de la Llotja. El invento pronto se hizo público y produjo la admiración de muchos ciudadanos que comentaban la maravilla que suponía poder encender un luz más potente que dos velas junta, y que no necesitaba ni cabo, ni cera, ni aceite.

que revestían interiormente con fuertes tabiques de madera, a fin de impedir el desmoronamiento de las arenas. Como el agua inundaba continuamente estas excavaciones, había que sacarla por medio de bombas aspirantes. Luego arrojábanse al fondo de la zanja grandes haces de sarmientos, guijarros y pedruscos a carretadas, para asentar el terreno y alzar sobre una base firme los cimientos"... "Fué un capricho y un alarde verdadero de millonario, que metió mucho ruido, sobre todo cuando sobre aquellos cimientos empezó a levantarse el gallardo edificio con su grandioso frontispicio porticado".⁽²⁾

Este comentario de Coroleu viene a colación porque Milà de la Roca pone en boca de «el Gancho» la frase: "Por S. Pedro que ahora no me cambio por el mismo Xifré", cuando, después de tocarle la lotería, vive felizmente casado, y propietario de dos tiendas de la Barceloneta a pleno rendimiento. Actualmente, la frase tiene una cierta opacidad. En «els porxos» de la casa, de estructura neoclásica y obra de los arquitectos J. Buxareu y F. Vila, se inauguró en 1838 el café restaurante «Set Portes» que pronto consiguió el favor de los ciudadanos, favor que ha llegado hasta hoy. Tanto la casa como sus porches significaron el inicio de una nueva etapa arquitectónica en Barcelona, con predominio de las líneas rectas y el uso del hierro colado y la tierra cocida como elementos decorativos.

El 10 de noviembre de 1839 se hizo la presentación en la ciudad de la cámara oscura y del primer daguerrotipo por Ramón Alabern, discípulo de Daguerre en un terrado del «Pla de Plau» desde donde se sacó una fotografía de la Llotja y de la casa de Xifré que estaba recién construida.

Barcelona había caído en una profunda crisis después de la Guerra de Sucesión y sólo su gran vitalidad y sus deseos de resarcirse, hicieron posible su rehabilitación. Saneada su economía e industrializada su producción artesanal anterior por la Junta de Comerç, a comienzos del diecinueve, el pueblo barcelonés se lanzó con entusiasmo a las luchas civiles en pro del liberalismo. Evidentemente, los ciudadanos necesitaban de alguna plaza política para reunirse y manifestarse, materializada en la **plaza de S. Jaume** que, si bien tenía un origen antiquísimo, tuvo que ser remodelada con la

². COROLEU, Josep: **Memorias de un menestral de Barcelona (1752-1854)**. Ed. Betis, Barcelona, 1846.(1880). Pág. 161.

destrucción de la iglesia que le había cedido el nombre (S. Jaume), las casas que formaban la calle delante del palacio de la Generalitat y una parte del edificio del Ajuntament, para que el municipio y la Diputación pudieran compartirla y así, adquirir la fisonomía actual. Todos los conflictos locales empezaban en esta plaza, antes de que se diseminaran las reivindicaciones por el resto de la ciudad.

Niata señala la Plaza de S. Jaume (*) en su novela. Durante la bullanga del 4 de mayo de 1837, la última revuelta de esta primera etapa, adquiere un papel relevante por el intento de ocupación del Ayuntamiento por parte de los bullangueros. Así como el «Pla de Palau» fue, en el siglo XIX, el lugar de encuentro para manifestar las reivindicaciones al Gobierno de Madrid, la de S. Jaume se caracterizó por recoger los anhelos locales, que requerían una respuesta de los gestores del municipio. Comentamos en el capítulo siguiente, el origen difuso de esta bullanga desde el punto de vista histórico. Lo que sí es constatable es que se llevó a cabo y, una de las razones fue para recuperar el Ayuntamiento que, desde la anterior revuelta del mes de enero, los moderados habían usurpado a los progresistas, que habían ganado unas elecciones limpiamente y, además, los conservadores estaban intentando convencer al gobierno de Madrid de que ellos eran los auténticos representantes de la «Casa de la Ciutat» a causa de los desafueros previsibles por los progresistas en caso de continuar gobernando.

*. Rodeada por las calles de Ferran, del Call, Sant Honorat, del obispo Irurita, Paradís, Llibreteria, Jaume I y Ciutat.

Situada en la colina del Miracle o monte Tàber. Fórum desde la colonia romana. Ha tenido tantos cambios como la propia ciudad. En el siglo XIV se construyó por primera vez el edificio de la Casa de la Ciudad que, a lo largo de la historia, se ha ido modificando en relación con las crecientes y cambiantes necesidades. Quedan algunos elementos góticos: la antigua fachada, la puerta y el techo de la escribanía, el salón de Cent y el retablo «dels Consellers», que está en el «Museu d'Art de Catalunya». Del Renacimiento, tenemos la galería del patio central y las estancias del Trentenari. Del Barroco, alguna pintura y es en el siglo XIX cuando adquiere la fachada Neoclásica y los cambios en su aspecto que, con algunas variantes introducidas ya en el XX, ha llegado hasta la actualidad.

Las modificaciones del siglo pasado fueron las que previeron urbanizar la plaza y darle un espacio más amplio del que hasta entonces disponía. Derribarón la iglesia de Sant Jaume y suprimieron su cementerio con la casa que tenía adyacente, con la apertura de las calles Ferran y Jaume I.

El autor hace pocos comentarios de la plaza, sólo la nombra al ser sitiada por los bullangueros. Levantan barricadas en las bocacalles que dan a la plaza: Del Call, de la Llibreteria, del Regomir (actualmente esa parte se llama de la Ciutat) y del «Bisbe», para hacerse fuertes en la plaza e impedir la entrada de la policía y de los batallones de milicia. También sitúan vigías en los balcones de las casas de las calles citadas para ver, desde lejos, la llegada de las previsibles fuerzas del orden. El narrador señala la polvareda desprendida del suelo de la plaza a causa del viento. Razonable, ya que en esta época era de tierra, puesto que no fue adoquinada o empedrada hasta unos años más tarde.

Los espacios de encuentro cívico.

Había muy pocas plazas en Barcelona y, la mayoría, eran fruto de la supresión de los cementerios parroquiales en 1820. Las de delante de las iglesias del Pi, Sta. Maria del Mar, S. Just, u otras que corresponden al antiguo recinto amurallado, habían sido antiguos osarios convertidos en plazas, poco a poco, después de la inauguración del cementerio de Poble Nou en el año 1819. Estos lugares no estaban empedrados y cuando se enterraba a alguien, la tierra permanecía removida hasta que volvía a asentarse. Esto ocasionaba malos olores que atraían muchas moscas en época de calor. Asimismo, las lluvias copiosas removían y deslizaban la tierra y era frecuente que aparecieran en la superficie huesos o despojos humanos.

El que algunas, muy pocas, calles o plazas tuvieran nombres de árboles o plantas, nos da a entender la falta de vegetación existente en el interior de la ciudad. La plaza del Pi o la calle del Om y alguna más es la muestra. En una Barcelona abigarrada y sin posibles terrenos desaprovechables, no había más espacios arbolados que la Rambla, «l'Esplanada» o el «Jardí del General».

La Muralla de Mar

Como consecuencia, nuestros antepasados gozaban de pocos lugares de paseo: De gran importancia era la parte superior del circuito de **La Muralla de Mar**, por la que discurrían los domingos por la mañana en invierno, después de Misa, a pie o en

coche, o durante las tardes y crepúsculos de verano, finalizando el recorrido en la buñolería-horchatería del tío Nello, primero en un quiosco en la plaza de Palau, y más tarde, en un establecimiento ennoblecido bajo los pórticos de Xifré. Era el lugar de encuentro de familias, enamorados, soldados y criadas, forasteros, etc. Bien de soslayo, o abiertamente, podían exhibirse unos y contemplar, admirar o envidiar otros. Abdó Terradas dice al respecto de la muralla, en su obra **La Esplanada**:

"¡Qué cuadro tan importante a la par que versificado se presenta a la vista del espectador que se coloca en la muralla de Mar de Barcelona, poco antes de bajar lo que se llama la «rampa de Palaci»!. Queda atónito el extranjero que contempla por primera vez una escena que ya en su país había oído ponderar" (1).

Por orden del capitán general, marqués de la Mina, había sido ensanchado y convertido en el paseo que era en 1834. Poco después fue empedrado e iluminado, y hasta se permitió la venta de refrescos en unas casetas instaladas en la propia muralla.

Muchos autores de cuadros de costumbres recogen anécdotas de tipos populares, acontecimientos o el espectáculo que ofrecía aquel paseo, como lo hacen «Un Juan y un José» en su delicioso **Libro verde**:

"Suponte que amanece en nuestra ciudad uno de aquellos días en que el termómetro de Reaumur marca cuatro o cinco grados sobre cero, que es lo regular, brillando el sol en una atmósfera serena y pura, uno de aquellos días en que la mar que tenemos á la vista mueve apenas su azulada superficie y con suave murmullo juguetea entre las rocas. ¿Quién no va entonces á la muralla del mar, liceo de la elegancia, emporio de las galas, museo de las coqueterías y punto de reunion en los días festivos en invierno? ¡Cuánta gente, qué bullicio, qué conjunto tan heterogéneo! Allí un sombrerillo, acá una mantilla, allá un frac á

1. Abdó Terradas: **La Esplanada** Imprenta Vergés, Barcelona 1835. Es una interesante y deliciosa novela bilingüe que no recogemos en nuestro trabajo por tratar de la represión de 1828, época anterior a la que estudiamos, por el nunca suficientemente ponderado conde de España.

la inglesa, acullá un gabán parisien, un casacon de Luis XIV, un peinado a lo Villamediana, unas barbas de turco, unas botas marroqufes, un albornoz árabe, el aire español, y en los labios nuestro acento con que parodiamos la lengua de los Berengueres. Todos nos cercan y cercamos á todos, y nos pisamos, y nos miramos, y nos saludan..." (2)

Nuestros novelistas la eluden como lugar de paseo, aunque recuerdan que por la muralla fue arrastrado el toro el día de St. Jaume, o poco después el general Bassa, por lo que comentaremos algo de ella, ya que significó, junto a la Rambla, el lugar de paseo y exhibición de los ciudadanos de esta época que carecían de espacios con este fin. Unos versos anónimos decían:

"Ma filla bonica
la tarda a la Rambla
i el matí a la Riba".

No era exactamente a la Riba a donde iría la niña como dice la estrofa, puesto que exactamente este lugar era el centro neurálgico del puerto barcelonés, en donde se concentraban el comercio marítimo de la ciudad. Era la salida natural de los productos que se vendían a otros lugares también portuarios, más que un lugar de paseo habitual:

"El moll de la Riba sembla, en gran, un rusc d'abelles feineres i, més que un rusc, un formiguer; eren com uns estols de formigues les colles de camàlics que carregaven els vaixells, feien o desmuntaven estibes, entraven als magatzems de l'andana de baix o en sortien o anaven rampes amunt, tots suats, amb sacs caixes i fardells. Les riuades de blat feien muntanyes; les paques de cotó blanc de Nova Orleans i les de jumel d'Egipte s'aixecaven com muralles; el jute de Calcuta, els cuiros de Montevideu, els bacallans d'Escòcia, els mabres de Carrara, les gàbies d'avirram, els munts de garrofa olorosa...tot ho emplenava amb brogit i soroll de màquines al peu del deu Neptú i entre carretonets i cabassos de cacauets, xufles, tramussos i avellanes torrades.

². Cortada/Manjarrés: **El libro verde de Barcelona** Archivo de tradiciones populares, Barcelona 1848 (pág. 14-15)

Ça i enllà obrien llurs paraigües de lona o d'encerat els comissionistes i consignataris a l'ombra dels quals, i en unes petites taules com de floristes, es feien transaccions i vendes a l'engròs i a la menuda" (3)

La Riba (la ribera, la orilla) o el «Rebaix» estava en la parte exterior de la muralla, ya junto a la Barceloneta y, desde ella, podía contemplarse el trajín marineru con el que los espectadores podían deleitarse durante horas. Debajo de la propia muralla estaban los almacenes en los que guardaban las mercaderías que no podían permanecer al aire libre. Desde la Riba, emprendían viaje los barcos medianos, de cabotaje, con servicios o mercancías, hacia otros puertos del Mediterráneo. Una noche del verano del treinta y cinco, pocos días después de la primera bullanga, allí embarcaba el padre Tomás, protegido por Torrellas y «el Gancho» (4) junto a otros frailes, «en franquicia» a bordo de la polacra «Campodónico» hacia Génova. Desde la parte central del puerto salían los grandes transatlánticos que llegaban a América u otros lugares.

La muralla de Mar se extendía hasta el «Pla de Palau» al que se descendía por una suave rampa la «baixada dels Lleons» o de «Palau» que aún actualmente se percibe, y terminaba en el fortín de la Ciutadella. En los años que referimos, era el paseo dilecto de los barceloneses. En el año 1878 terminó la demolición de la muralla de Mar y fue trocada por el actual paseo de Colom.

La «Muralla de Terra»

Tal vez ofrecía atractivos, sobre todo a los turistas y visitantes, que no tenían prejuicios contra ella, puesto que desde las torres de las puertas del Sur y del Oeste podían contemplarse magníficas panorámicas de las huertas de S. Bertran en Monjuïc, S. Pere Màrtir, Pedralbes, Sarrià o la sierra de Collserola.

3. Lola Anglada: **La Barcelona dels nostres avis** Barcelona, 1949 (Pág.)

4. Personajes de la novela de Milà de la Roca **Los misterios de Barcelona** pág. 94.

La Rambla

De obligado recorrido entonces y hoy todavía emblemático de la ciudad: La **Rambla** (⁵). Es el antiguo torrente de Malla, seco, urbanizado y convertido en paseo desde el siglo XVIII. Con árboles, bancos, candiles y faroles de aceite, e incluso con sillas de alquiler, cuyos beneficios se destinaban, en aquel entonces, a obras de caridad. Fue en los años anteriores y durante los que tratamos, un lugar de encuentro: Tanto de paseo, como para manifestar el desagrado de la situación que se estaba viviendo. Esto no ha de extrañar ya que:

No es bon barceloní
el qui no va a la Rambla
al vespre o al matí.

Una sucinta descripción de la Rambla de principios de siglo y de esos años, y los acontecimientos de los que fue testigo, nos permitirán entender mejor su papel principal. Empezaremos el recorrido desde el actual portal de la Pau, en donde está el monumento a Colom, hacia arriba. En la actualidad puede sorprendernos seguir

⁵. O «les Rambles», como indistintamente se llama a ese paseo de Barcelona, parece que tiene su origen en el torrente o arroyo que recogía el conjunto de aguas de lluvia que se deslizaba desde las montañas hasta mar. (Este extremo fue rebatido por Pau Vila en **Origens i evolució de la Rambla** en «Miscellanea Barcinonesa», IX, Barcelona, diciembre de 1965). Ya en la época romana, significó la expansión de la ciudad por la parte meridional. Al levantar la segunda muralla a finales del siglo XIII y principios del XIV, se hizo siguiendo la línea de la actual Rambla. En ese momento, se delimitó el recorrido que conocemos. Empezaba en la Rambla de Canaletes y acababa un poco más allá de la calle Anselm Clavé; tenía veinticinco torres y cinco portales. Durante los siglos XVI-XVII, las murallas se conservaron como muro de defensa de la ciudad, aunque el torrente empezó a parecer una calle por la construcción de conventos en el lado del Raval: Jesuitas, Carmelitas descalzos, Agustinos descalzos, Trinitarios descalzos, Franciscanos, etc. Igualmente, desde el siglo XVI, hubo tres edificios públicos que dieron prestigio al futuro paseo: Delante de la puerta de Sta. Anna, la Universidad -El Estudi General-, en el llano «dels Ollers», el teatro de la Sta. Creu y junto al «Porta de la Pau», la «Foneria de Canons». A mediados del siglo XVIII se plantaron cuatro hileras de árboles, álamos y olmos, en la Rambla de Sta. Mònica. Como anécdota diremos que se cuidaban de su riego los presos que estaban en Drassanes. También, colocaron bancos de piedra con respaldo que recibían el nombre de canapés. En el último cuarto de siglo se derribaron las murallas entre Drassanes y la puerta «dels Ollers». Fue en esa época cuando el lugar adquirió el carácter de paseo. Durante el siglo XIX, se embelleció hasta el «Pla de la Boqueria».

el itinerario en esa dirección, pero recordemos que, lo que hoy llamamos el final de la Rambla, en los años que tratamos, era la parte más céntrica y concurrida. De hecho, la Rambla fue urbanizándose de mar a montaña, empezando por la de Sta. Mònica que fue la primera en conseguir el nombre de paseo e incluso de salón.

En esa época, era una vía cerrada, sin salida al mar, la puerta no se abrió hasta el año 1849, ni a la montaña, que se hizo un año antes. Parapetada por la Muralla de Mar, con el fuerte militar y la torre de Drassanes, como ya comentábamos cuando hablábamos de las murallas de la ciudad. Había junto a la torre (de Sta. Eulàlia), una rampa por la que subían los que querían dirigir sus pasos a lo alto de la muralla. El ejército hacía sus ejercicios de cambio de guardia e i el mismo paseo, produciendo un espectáculo que no dejaban de admirar los transeúntes desocupados. Los toques de alborada, diana, llamada, marcha, generala, faji o retreta, señalaban el paso de las horas en la ciudad.

En la **Rambla de Sta. Mònica** estaban, subiendo y a mano izquierda: Los agustinos descalzos de **Sta. Mònica**, que daban el nombre a este sector de la calle. Junto a la parroquia de Sta. Mònica, estaba el colegio de los mercedarios de **S. Pere Nolasc**, lo que no obstaba para que al lado estuviera el único teatro público de Barcelona, el de la **Sta. Creu**, más tarde **Principal**(*) en el «**Pla de Comèdies**» o «**del Teatre**». Con la prohibición expresa de que los espacios fueran compartidos por señoras y caballeros y las salidas conjuntas. Los ingresos de las funciones se destinaban a ayudas benéficas. Nuestros autores literarios no hacen mención de los espectáculos que allí se hacían. Revisando ejemplares de «**El Vapor**» de ese tiempo, vemos que los fines de semana y días festivos había representaciones teatrales que eran anunciadas oportunamente. Eran variadas, tanto óperas u obras musicales como comedias o dramas. **Lucrecia Borja** (drama), **Il furioso** (ópera), **El sí de las niñas**, (comedia), **Norma** (ópera) **El hombre de la selva negra** (comedia espectáculo), son algunos de los nombres que aparecen. Esto, entre bullanga y bullanga, y en ocasiones coincidiendo con ellas. Las representaciones, se hacían antes del anochecer para que los espectadores que vivían en la Barceloneta u otros lugares murallas afuera, pudieran volver tranquilamente a sus casas ante del cierre de las puertas de la ciudad. Sobre el escenario había un

*. Se habla con más detalle en la nota nº 63 del capítulo II en el apartado dedicado al teatro.

reloj, que los asistentes podían consultar fácilmente, para que en todo momento supieran la hora, y en caso de alargarse la función más de lo previsto, pudieran marcharse. Antes del comienzo, en el entreacto o al final de la obra, la orquesta tocaba la «Marcha Real» o el «Himno de Riego», según las épocas.

Milà cita, en su novela **Los misterios...**, el café del Rincón o de la Sínia, reconocido en algunos textos como **café de la Noria**. Estaba junto al teatro Principal. Tenía un patio que antes había sido un huerto. En medio había una noria, de ahí su segundo nombre, con la que sacaba el agua de un pozo. Tenía fama de ser la más fresca y buena de la ciudad. En verano cubrían el patio con una vela. Su primer nombre se debía a su enclave, ya que, a causa de la forma curva y convexa de la fachada del teatro, el café quedaba arrinconado. Era un lugar de encuentro de progresistas. En el poema escrito por Milà contra Mata, lo recuerda maliciosamente en ese lugar alentando las revueltas:

"Si la política historia
Del tal senyoret sabia
Lo papagall nos diria
Lo molt feu sa fé notoria,
Cuant al café de la noria
Era un dels principals,
Dels ecsaltats liberals
Que deyan, libres, units,
Y ans daban famosas nits,
Ab las teyas y puñals" (")

Milà rememora, asimismo, el **café Delicias**, junto a los del **Jardín** y del **Espejo**. El novelista, que escribe para sus contemporáneos, no explicita la ubicación de los cafés y hay que recurrir a fuentes de documentación para poder hacerlo. El del Espejo es citado en la **Guía de forasteros...** del año 1841. El anónimo autor lo sitúa frente a la Iglesia de Sta. Mònica.

Milà caracteriza estos bares como lugares de corrupción por practicarse el juego de

" . MILÀ DE LA ROCA: «El Papagayo» 23-8-1842.

la ruleta. El de las Delicias estaba situado, también, en la Rambla de Sta Mònica a la derecha del teatro Principal. Su primer nombre fue el de café de Los Guardias^(*) porque era frecuentado por los soldados de la Guardia Real. Años más tarde, cambió el nombre por el de Delicias. Tenía una sala circular con columnas de la que nacía una escalera que comunicaba con el teatro por lo que era frecuentado por artistas y empresarios. Leandro Fernández de Moratín instauró allí, durante su estancia en Barcelona los años de 1814 a 1817; 1820 y 1821, las tertulias literarias que él presidía. Durante muchos años se caracterizó por ser el centro de reunión de hombres dedicados a las letras y a las artes. Puede interpretarse que sería lugar de encuentro de personas con ideas progresistas, exaltación romántica y de vida un tanto bohemia. Se entiende, pues, la censura hacia el lugar de Milà de la Roca. Junto a este café se situó el que había sido el primer "pinta-botas" de la ciudad. (La pintura del calzado fue el antecedente de su limpiado con betún). En la última década del siglo, el establecimiento recargó su decoración y cambió el nombre por el de «Lion D'Or» y, como tantos otros cafés, desapareció después de la guerra de 1936. En lo alto de la sala circular, se situó el grupo de teatro de la Cúpula Venus.

Frente por frente y en la parte más baja de la Rambla, había la muralla del huerto de los franciscanos y la fundición de cañones en donde después y con el edificio reconstruido (se elevó un piso más) se instaló en 1844 el banco de Barcelona. Un poco más arriba estaba el **palacio** particular conocido como **de Ribalta** o de **Can Marc**. Fue habilitado, en 1820, por las tropas francesas que iban bajo el mando del mariscal Rosset, durante su estancia en la ciudad para combatir contra los constitucionalistas. Después se utilizó como sucursal del banco de España. Actualmente está ocupado por el sindicato Unión General de Trabajadores.

En **Los misterios de Barcelona**, también se cita la fonda **Cuatro Naciones**, situada en el «Pla de Comèdies» frente al teatro. Era un lugar dilecto de la burguesía. Es en donde se encuentra Torrellas con sus amigos el día de la primera bullanga, el de San Jaime al mediodía, antes de celebrarse la corrida.

"Estaba la plaza del teatro atestada de toda clase de carruajes y gran tropel de

*. Datos de PERMANYER, Lluís: **Del café de los Guardias al lion D'Or, pasando por el Ateneu**. En «**La Vanguardia**» 13-3-1988. Pág. 31

jentes iba colocándose en ellos para ser transportados á la plaza de los toros"³⁹)

Joan Amades (⁴⁰) asegura que se trataba de la primera construcción civil levantada en la Rambla. El dueño era un italiano llamado Bacardí y el nombre que dio al comercio fue porque quería representar con ello, las naciones de Italia, Francia, Inglaterra y Portugal. Sus salones eran de gran suntuosidad, según el gusto de la época. Como también constata el novelista que comentamos, su fachada se destacaba por los muchos balcones que tenía, en una época que escaseaban y que permitían la observación y el control de los paseantes. Parece que se hizo popular la frase:

"A l'Hostal de les Quatre Nacions,
tot són balcones".

En 1827 se inauguró el primer servicio de diligencias de Barcelona a Reus, salían del patio del hotel. Actualmente quedan los despojos de la grandeza que tuvo.

En la plaza del Teatre, había una fuente de estilo egipcio con una estatua dedicada a Neptuno, conocida comúnmente como «La font del Vell». Ya existía antes, pero, en 1802 adquirió carácter monumental con motivo de una visita a la ciudad de la familia real. Ocupaba el espacio en el que actualmente se yergue el monumento a Serafí Pitarra. A su alrededor, había tenderetes en los que se hacían rifar de productos, en consonancia con la época del año: Turrones o gallos en Navidad, «panellets» para Todos los Santos, cocas para S. Juan o melones para S. Jaime.

En verano, se colocaban sillas, en la Rambla de Sta. Mònica y «dels Caputxins», las preferidas por la buena sociedad barcelonesa, al precio de un cuarto cada una, para sostener las escuelas de niños pobres. Esta tradición de pagar unas monedas por ver pasar a la gente ha llegado hasta nuestros días, aunque con el pago no se persigan los mismos fines. Desde esa tribuna, las señoras enmirñacadas sentadas en dos o tres sillas, ya que en menos no cabían, contemplaban, analizaban y criticaban a los paseantes. Nos lo recuerda ya, el barón de Maldà:

³⁹. MILÀ: **Los misterios de Barcelona**, pág. 37

⁴⁰. AMADES, Joan: **Històries i llegendes de Barcelona** Barcelona, 1989, (1984). Vol.II, pág. 97

"Se posaren de nou en la Rambla, per lo passeig de les nits d'estiu, cadires ordinàries de palla, sense pintar, fins a prop de tres-centes, sota dels arbres, a un i altre costat de la Rambla afilerades o de renglera, per seure la gent, pagant una moneda de quarto"⁽⁴⁾)

Al atardecer, el lugar se convertía en un inapreciable centro de chismorreo. En ocasiones, los círculos se hacían tan grandes, por la abundante concurrencia de damas, que dificultaban el tránsito de los confiados paseantes.

Mata recuerda que el último toro de la corrida de San Jaime fue arrastrado por el rabo, desde la plaza de toros de la Barceloneta hasta la Rambla de Sta. Mònica. Allí, los revoltosos hicieron una pira con el manso, la rodearon y festejaron con grandes muestras de júbilo, hasta verlo convertido en cenizas. Igual suerte corrieron los generales Bassa y O'Donnell poco después. También señala, asimismo como Milà de la Roca, los incendios de aquellas jornadas. Incendios lamentados por todos, indistintamente de su adscripción política, por la barbarie que suponía, tanto contra personas y objetos artísticos que desaparecieron, como contra edificios patrimonio del conjunto de la sociedad.

Subiendo, a mano izquierda, estaba el **colegio del S. Angel** de los carmelitas descalzos, en la esquina de la calle Conde del Asalto o Nou de la Rambla, que ya había perdido su carácter religioso en la restricción conventual de 1823 y convertido en cuartel de la policía armada. Según los relatos consultados, de ahí se extrajeron los documentos policiales que sirvieron para hacer la pira que consumiera el cuerpo del general Bassa después de su asesinato en el palacio y su arrastre por el paseo de la muralla el 5 de agosto de 1835. A continuación, estaba el **convento del Carme** de los carmelitas calzados (luego lo compartieron teatro y cuartel), el **colegio de S. Bonaventura** de los frailes franciscanos (hoy el hotel Oriente). En frente, cruzando nuevamente la calle, estaba el de los **capuchinos**, ocupando parte de lo que hoy es la plaza Reial hasta la calle de Ferran. Ellos abrieron uno de los primeros establecimientos de este enclave, era una aptoteca o botica, en la que vendían medicación preparada por ellos mismos. Tuvo gran prestigio puesto que sus ungüentos y jarabes estaban elaborados con hierbas medicinales cultivadas por los propios frailes en el huerto que tenían

⁴. Barón de Maldà: **Calaix de sastre**.

junto al convento. Durante los años que tratamos, el cenobio estaba en un lugar muy poblado, rodeado de casas. Esta circunstancia les salvo de la quema el día de S. Jaime del año treinta y cinco. Fueron los propios vecinos los que advirtieron del peligro a los incendiarios:

"Desistiose de entregar á las llamas el convento de los ...Capuchinos porque inevitablemente hubieran sufrido mucho las casas contiguas. Sin embargo, temerosos los frailes de un asalto, cortaron con una prontitud sin ejemplar (precedente) todas las escaleras del edificio y quedaron aislados en la parte mas elevada y dispuestos á defenderse á todo trance, para lo cual hicieron en breve rato inmensos acopios de ladrillos, derribando para el efecto muchos tabiques."(4)

Este convento cedió su nombre a esta parte de la **Rambla**, «**dels Caputxins**» que va desde el «**Pla de Comèdies**» al de la **Boqueria**.

Siguiendo hacia arriba y nuevamente a mano izquierda, estaban los **trinitarios descalzos**, hoy el Liceu, el **convento e iglesia «dels Josepets»** de los carmelitas descalzos, actualmente el mercado de la **Boqueria**, seguido de la **casa procura del monasterio de Poblet**.

En el «**pla de la Boqueria**», ya se emplazaba, antes de construir las últimas murallas, un mercado al aire libre, al que acudían los payeses de las huertas de S. Bertran, S. Antoni o S. Pau para vender sus frutas y verduras. Se llamaba el **Bornet**. Propiamente, no era un mercado, sino más bien la prolongación del que existía en la plaza Nova que se alargaba por la plaza del Pi y por el torrente del mismo nombre hasta la Rambla. A principios del siglo pasado, se unificó todo en la Rambla, añadiéndose puestos de carnicerías y pescaderías, y dándole el nombre oficial de S. Josep. Esta nueva situación data de 1827. A medida que la Rambla adquiría importancia, se hacía más necesario ubicar el mercado en otro lugar. Entre tanto, llegó el año 1835 y con la quema de los conventos se estructuró el solar correspondiente al de los carmelitas de S. Josep para transformarlo en una plaza porticada, que se iba a llamar del Treball, semejante a la que se hizo después en la plaza Reial. De forma provisional, se instaló allí el mercado, mientras se le habilitaba

4. J. Del Castillo: **Las bullangas de Barcelona**. Pág. 12.

el nuevo terreno que le habían destinado en el huerto del orfanato de la calle Elisabets. Esto ocurría en 1840 y... todavía hoy está en los terrenos provisionales.

Los alrededores del mercado estaban siempre animados, había lugares de juego, tiendas, etc. Cualquier acontecimiento ciudadano tenía comienzo o fin en ese lugar, como nos lo recuerda un anónimo romance:

"Quan han fet a sos destins
uns per aquí, altres per llà,
fan cap a la Boqueria
que é on més concurs hi ha.
Allí veureu uns quants rotllos,
s'hi sent sonar un violí,
i aquell que ven romanços
xerra més que un mallorquí".⁽⁴⁾

Evidentemente, no había en Barcelona lugar más concurrido que la Rambla. Cualquier otro espacio abierto, salvo el de la muralla de Mar, tenía una función de solaz mucho más limitada.

A continuación, el único edificio civil de esta acera, el **palacio de la Virreina** construido en 1777 por el oro venido de América del que había sido virrey del Perú Manuel d'Amat, que pudo disfrutarlo por corto tiempo, ya que murió poco después de ser acabado. Quedó como heredera su mujer, de ahí el nombre. Este sector, reconocido como la **Rambla de S. Josep** o de «**Les Fiores**», va desde la Boqueria hasta la calle del Carme.

El último sector, el más septentrional, de la **Rambla de «Canaletes»** o «**dels Estudis**» tenía el **Seminario**, la actual iglesia de Betlem y que hasta la expulsión de los jesuitas en 1767 había sido el edificio conventual de la Compañía de Jesús. En frente, el **palacio Moja**, construido cuatro años antes que la Virreina por iniciativa de M^lLluïsa de Copons, marquesa de Cartellà y viuda del marqués de Moja. Cruzando nuevamente, estaba el **colegio Cordelles** que fue el primer centro para educar la nobleza de la península. Había sido fundado por un noble barcelonés de la familia

⁴. **Cançó del fadrí innocent**

Cordelles y regentado por los jesuitas.

Cerrando la vía por la actual salida a la plaza de Catalunya, estaba el edificio del **Estudi General**. Desde que Felipe V decidió trasladar la Universidad de Barcelona a Cervera, había perdido esta función para convertirlo en cuartel. Siguió siéndolo hasta el año 1843 en el que fue destruido para abrir la puerta de Isabel II.

La guerra carlista hacía peligroso desplazarse a Cervera para estudiar en la Universidad. Esto producía malestar entre los estudiantes y sus familias, que temían por lo que pudiera ocurrir a los jóvenes en el itinerario. En «El Vapor» del 4 de octubre de 1835, encontramos unos versos puestos en boca de unos supuestos estudiantes que reclaman el retorno de la Universidad a la ciudad de Barcelona. Entremezclan el aspecto reivindicativo, con el de denuncia: Todo ello con una aparente frivolidad. Se quejan de ser acusados injustamente de promocionar las revueltas ciudadanas. De ser el hazmereir por la obligatoriedad de llevar un uniforme que no les diferencia de los clérigos y por esto, ser señalados con el dedo. De tener que ir a clase con sotana. Y del derecho, en definitiva de vestir como les viniera en gusto. Es un poema de verso fácil, compuesto por diez estrofas de seis versos de arte menor, todos ellos con una rima a b b a c c:

“Si ogaño place a Cristina
Trasladarnos de Cervera
La Universidad que espera
Hoy la gente estudiantina
¿Vestiremos, Timoteo,
Aun con capa y con sombrero?

.....
¿El mundo nos apellida
Petardistas o tunantes
Por ser acaso estudiantes
Que es profesión distinguida?
Eso si que no lo creo:
Por la sotana y el manteo.

.....
¿No es también la libertad

**Para el patriota estudiante?
Pues desde hoy en adelante
Cumpliré mi voluntad
De entrar siempre en el Liceo
Sin sotana ni manteo".**

Los estudiantes eran, como siempre, temidos por las autoridades, ya que con frecuencia estaban involucrados en vindicaciones progresistas en las que, solían acabar apedreando a los representantes del orden.

La Constitución de 1836 facilitó que se dotaran algunas cátedras en Barcelona y por tanto el retorno de algunas de las carreras al viejo **convento del Carme** con el nombre de **Estudis Generals**. De esto no se habla en las novelas que tratamos. Sólo Milà de la Roca señala el hospedaje de algunos estudiantes, en la planta baja de la casa de pupilos de doña Rosa Lozano, próxima al teatro, estudiantes con pocos recursos, que tenían que adaptarse a un sistema de vida muy precario.

Además de los edificios ya señalados, había en la Rambla numerosos establecimientos de la más diversa índole: tabernas, cafés, chocolaterías, colmados, barberías, herrerías, mercado, hostales, pensiones, etc. Convivían paseantes, gentes del mercado, pedigüeños, estudiantes, mozos de cuerda («camàlics»), criadas («minyones»), soldados, tahúres,... que daban al paseo una imagen atractiva y colorista, permanentemente viva y cambiante.

Es difícil hoy día, seguir el cúmulo de nombres de tantas órdenes religiosas, con tan pocas variaciones aparentes entre ellas, para alguien no iniciado. Seguro que los barceloneses del XIX pensaron lo mismo. No olvidemos que el 40% de la superficie urbana estaba ocupado por edificios religiosos o públicos. Por intereses diversos, hubo consenso general para desamortizar los conventos y utilizar sus magníficos espacios para fines que redundaran en un beneficio público. En este punto están de acuerdo todos los cronistas aunque fueran de distinto signo: Raüll, del Castillo, Mata, Milà de la Roca, etc., a pesar de que cada uno dé su versión personal de los hechos y la matice pertinentemente. Ponen más o menos énfasis en la crítica del modo cómo se llevó a cabo, de acuerdo con su ideología, progresista o conservadora.

La noche del 25 de julio de 1835 se produjo un cambio definitivo de la fisonomía de la Rambla. De ser la calle de los conventos, se convirtió en otra con preeminencia de edificios civiles. En el recuento, puede comprobarse que fueron devastados por las llamas, total o parcialmente a causa de la revuelta, la mayoría de los conventos que la bordeaban: Los capuchinos de Sta. Madrona, el convento de S. Josep, el de trinitarios, el seminario de la iglesia de Betlem, los capuchinos, el Colegio del Carme, el de S. Pere Nolasc, la procura de Poblet, el huerto de S. Francesc.... Substituidos después de la quema por viviendas de varios pisos, plazas o, los que se mantuvieron en pie, en espacios con una función civil.

La calle «dels Escudellers»

Inicialmente había tenido el nombre de calle «Nou dels Escudellers» por el traslado de un grupo de alfareros que antiguamente estaban en la calle de Tallers. También era conocida por el nombres de la «Muralla Vella» por ser un lugar por el que había pasado la segunda muralla de la ciudad.

En la época que nos ocupa la calle Ferran todavía no existía o justo tenía sólo una parte recién abierta, por lo que no había desplazado a la de Escudellers, que a principios de siglo se caracterizó por ser la mejor y más céntrica calle de Barcelona. Artistas diversos y bohemios en general, se instalaron en esa calle. Parece ser que el propio Zorrilla escribió allí **Don Juan Tenorio** en una versión que no pudo ver la luz, al menos, al completo, a causa de un desgraciado incidente (*).

Estaba poblada de lujosas casas, la parte próxima a la del Vidre, se denominaba «carrer dels Jardins» porque las viviendas eran señoriales y con jardín- y tenía los más renombrados establecimientos. En ella estaban situados la mayoría de los sombrereros de punto que confeccionaban barretinas, casquetes y más tarde gorras. Allí se ubicó la primera casa de quinqués de petróleo. También fue el lugar en donde estuvo la primera tienda que tuvo escaparates con cristales de vidrio, hecho que en principio

*. La leyenda cuenta que al ir a extender unos polvos secantes de tinta en las últimas cuartillas, confundió el frasco y en su lugar tiró tinta sobre ellas, con lo que, buena parte del texto escrito quedó inservible.

pareció poco reverente a los ciudadanos, puesto que hasta entonces, sólo se exponían en escaparates, aparadores o vitrinas la Virgen o los santos. Igualmente, se instaló el primer «colmado». Se le dio este nombre al establecimiento, con un valor connotativo de lleno, repleto de alimentos de buena calidad y con un cierto exotismo: Latas de conservas, vinos extranjeros, champagne, productos de ultramar, etc. La palabra tuvo éxito y pasó a ser el genérico de un tipo de establecimientos de alimentación.

El café «El Jardín», citado por Millà, según sus referencias estaba en la calle Escudellers. Atendiendo a la información de A. Vallescà (45) contaba con un magnífico jardín con veinte glorietas y una gran cascada. Asegura que fue inaugurado en 1850, hecho que evidentemente no coincide con la época de la novela, que corresponde a quince años antes. En él sitúa la acción del «bergadanés» al que seducen para que vaya a hacer una partida de rolina. A principios del siglo pasado, Amades cuenta que, en una de esas casas, había una fonda de mucho lujo, de la que no dice el nombre. También comenta que había el bar Amics en el que A. Clavé dio su primer concierto, tocando el violín y formando parte de un terceto.

La calle «Ample».

Cuando se urbanizó, era la calle más ancha de Barcelona y de ahí su nombre. En ella se levantaron grandes casas y palacios, de tal manera que vino a suplantar con su brillantez a la calle de Montcada. En la plaza «dels Fra Menors» era donde los reyes prestaban juramento a los fueros y libertades de Catalunya. Cuando los Reyes Católicos vinieron a Barcelona en 1492, se alojaron en un palacio de esta calle, así como Cristóbal Colón un año más tarde. En el siglo XVI, se celebraban en ella carreras de caballos, justas y torneos, y era el lugar obligado de procesiones, desfiles y toda clase de manifestaciones de importancia, por el rango de las personalidades que allí vivían. Pasados los años su esplendor decayó, pero no cesó su relieve como escenario de luctuosos acontecimientos. Durante la Guerra del Segadors, después en la de Sucesión, o en la época que comentamos, entre el tercero y cuarto decenio del siglo XIX, tanto durante las bullangas como después con la Jamància, la calle Ample

⁴⁵. VALLESCÀ, A. *Efemérides barcelonesas del siglo XIX* Ed. Millà, Barcelona 1946, pág.84.

fue un enclave en donde se produjeron frecuentes revueltas y un lugar castigado por el fuego. El convento de los franciscanos, al principio de esta calle, fue quemado el día de San Jaime del año 1835 y muchas casas convertidas en escombros por los cañonazos de Espartero desde Monjuïc en 1842. Sin embargo, muchos años más tarde, ya en la década de los ochenta, Narcís Oller en *La febre d'or* nos recuerda que, menestrales enriquecidos todavía aspiraban a instalarse en una casa de esa calle, ya que seguía siendo un signo de riqueza.

La calle de Fernando VII (de Ferran)

Se trazó para poder atravesar el barrio de la Ribera en sentido horizontal. Se convirtió, al poco de su apertura en una calle de moda. Era la calle más ancha y de mayor tránsito y en ella se establecieron las tiendas más prestigiosas de la ciudad, en detrimento de la calle Escudellers que las había tenido hasta entonces. La inauguración de establecimientos de gran lujo coincidió con la introducción del gas como forma de iluminación y el uso de vidrios planos para instalar aparadores, dando una nueva fisonomía a las tiendas. Se iba de compras preferentemente después de cenar, puesto que las tiendas permanecían abiertas hasta las once de la noche. En esta calle estaba el antiguo convento de los Trinitarios, uno de los cinco, de frailes, que permaneció intacto después de los hechos de la noche del 25 de julio de 1835. Los vecinos hicieron ver a los incendiarios que estaba rodeado de casas y en una calle muy estrecha y, si lo quemaban, se destruiría todo el barrio. Según relato de Milà de la Roça:

"Las oficinas de la Alcaldía constitucional de Barcelona, esto es, su escribanía, secretaría y cárceles están establecidas al principio de la calle de Fernando 7º y convento que fué de Trinitarios calzados; ocupan el cuarto principal las citadas oficinas y el segundo la habitacion del Alcaide y los enrejados aposentos que sirven de antesala para la cárcel nacional ó un presidio á los caballeros de uñera industria á quienes sus erradas maniobras conducen allí, ó bien á los que electrizados por Baco han hecho alguna graciosa bacanal" (*)

*. **Los misterios de Barcelona.** pág. 232-233.

Amades dice que los frailes fueron exclaustros, los claustros destruidos, -claustros del siglo XVI, únicos en su estilo-, la iglesia convertida en la parroquia de San Jaime y el convento en casa parroquial, lo que no contradice la versión de Milà a pesar de no haber encontrado datos que lo confirmen. ¡Lástima que Fredeic Soler no acabara la novela *L'any trenta cinch*, en la que son personajes de relieve los trinitarios calzados, considerados próximos al carlismo y caracterizados del modo que también recoge Amades! Parece ser, que tenían fama de ser amantes de la buena mesa y de por tanto estar, en general, gruesos. Ello no les reportaba la simpatía de la gentes sencillas que en general pasaban privaciones.

La calle de Montcada

Fundada a mitad del siglo XII por Guillem de Montcada, uno de los más distinguidos caballeros catalanes, cuando en un período entreguerras solicitó hacer en ese lugar un albergue para vivir él y su mujer durante sus estancias en la ciudad. Su influencia hizo que otros nobles eligieran esa calle para levantar primitivos albergues que más tarde se convirtieron en magníficas residencias pertenecientes a los linajes más preclaros. Durante los siglos XIV-XV-XVI adquirió un rango reconocido por todos. Situada entre la plaza de Marcús y la plaza de Montcada, ya no tenía, en el siglo XIX, la aristocrática presencia que le había dado gloria en siglos anteriores. En el siglo pasado, ya era sólo un recuerdo trasnochado de su gloria pasada. El comercio, las pensiones, la proximidad de Correos, la carga y descarga de carros, el bullicio reinante, le conferían una nueva imagen. Los propietarios iban transformando las casas hasta conseguir de ellas un aspecto anodino; estrechaban puertas, vallaban ventanas, emparedaban galerías, etc., y se utilizaban como almacenes, tiendas, fondas, casinos o tabernas. Una calle que había sido bella, elegante y solemne, estaba totalmente descuidada: Era bulliciosa, los cristales de las casas, con frecuencia estaban rotos, las puertas medio podridas o sustituidas por meras tablas, ocupada además por carros repletos de mercaderías, que en días de mercado no dejaban paso a los transeúntes y llenaban el suelo de desperdicios.

El Oriente de la ciudad contaba con dos zonas ajardinadas: «L'Esplanada» y el «Jardí del General».

«L'Esplanada»

Era el espacio comprendido entre el viejo mercado del Born y parte del actual parque de la Ciutadella. En estos terrenos y fuera de murallas era donde solían ponerse los circos de caballos y de acróbatas que visitaban la ciudad. No era, empero, un lugar que gozara de simpatías de los barceloneses, puesto que tenía trágica historia: Allí habían ejecutado a muchos patriotas durante la invasión napoleónica y el conde de España había hecho cumplir innumerables sentencias. Aún en estos años estaba destinada a ejecutar en la horca a los condenados a muerte, siendo enterrados en el arenal que había allí mismo. Los vecinos de pueblos cercanos llegaban, no obstante a ese lugar y, por grupos, se distraían con ingenuos entretenimientos y juegos, los domingos y días festivos.

El «Jardí del General»

Estaba, próximo, en la parte más meridional. En el triángulo comprendido entre la entrada del parque de la Ciutadella que da a la estación de França, y el último extremo de la actual avenida del marqués de la Argentera, de la calle del Comerç y de la Fusina. Estaba rodeado por una verja de madera de color verde, montada sobre un soporte de obra. La puerta principal daba a la avenida del marqués de la Argentera, era una reja de hierro y en el dintel había adosada una cornisa de estilo neoclásico. El jardín era de gusto francés con setos perfectamente recortados, flores de temporada y muchos árboles. Una serie de glorietas, algunas convertidas en jaulas para aves exóticas, de rapiña, pavos reales, faisanes, etc. De hecho, fue un primer intento de parque zoológico. En el centro, había un gran estanque rodeado por tres surtidores equidistantes y flanqueado por esculturas de mármol blanco, de inspiración mitológica. Había sido construido en 1816 por iniciativa del general Castaños y aunque se trataba de un lugar pequeño, de menos de media hectárea, fue muy bien acogido por los barceloneses, faltos de espacios de esparcimiento. Las niñas con pequeños iban a jugar allí, junto al reducido estanque con patos que había. También, era el lugar de encuentro de familias para celebrar las verbena de S. Joan, de tradición secular en la ciudad. En 1840 fue ampliado con motivo de la visita de la reina Isabel II, en 1843 y 1844 sufrió serios desperfectos a causa de las luchas armadas. Paulatinamente fue degradándose y finalmente desapareció en 1877.

Las salidas y o paseos de los ciudadanos eran exclusivamente diurnos, puesto que por la noche, las calles tenían una tenue iluminación, que desaconsejaba circular si no era por absoluta necesidad. De la luz pública nocturna, se ocupaban los vecinos. Estaban obligados a tener lámparas de aceite en las ventanas de sus casas durante las largas noches de invierno. También, debían llenar diariamente los depósitos de aceite y cambiar la mecha de las farolas situadas en las esquinas y cruces de las calles, propiedad del ayuntamiento. Esto fue así hasta que, en 1842, se inauguró la iluminación por gas de carbón, que no todo el vecindario quería porque temía, de este nuevo procedimiento, emanaciones peligrosas para la salud o explosiones imprevisibles. Este sistema disminuía un poco los inconvenientes anteriores. La poca luz ambiental obligaba a los noctámbulos a llevar una iluminación adicional para orientarse en el camino. De hecho, las salidas nocturnas estaban prohibidas. Ciertamente, salir por la noche era un riesgo, que no se corría si no era por necesidad extrema o temeridad, puesto que la falta de luz podía ocasionar mil y un accidentes. Desde el más obvio de tropezar por no distinguir una sombra de los muchos socavones que había en las calles por empedrar, hasta los también frecuentes del asalto, robo, intimidación, etc.

La quema de conventos. Su desamortización

Los avatares, que culminaron con la quema de conventos y la desamortización de Mendizábal en 1835, hicieron que La Ciutat Comtal adquiriese nueva fisonomía por el destino dado a los patios y edificios que ocupaban las órdenes religiosas al ser declarados bienes nacionales. La información de José Coroleu (*) asegura que:

"Todos estos conventos (los desamortizados), con sus correspondientes huertos y vergeles cercados de tapias, los conventos de monjas y las fortalezas y cuarteles, ocupaban de seguro mucho más de la mitad del área total de la ciudad"

*, COROLEU, José *Memorias de un menestral de Barcelona (1792-1854)*. Barcelona, Ed. Betis, 1944. Pág. 54. Primera edición publicada en forma de artículos en *La Vanguardia* en 1888.

Los conventos de Santa Caterina y S. Josep se transformaron en los mercados municipales, de Isabel II y la Boqueria respectivamente, destino que aún hoy conservan. El convento de S. Sebastià estaba en la plaza del mismo nombre (hoy «d'Antoni López») al cuidado de clérigos menores; con la desamortización, fue adquirido por la «Junta de Comerç», puso la «Junta de Sanitat» y habilitó clases que aprovechó «l'Escola d'Engeniers» hasta su destrucción en 1910. También en 1835 el refectorio de los frailes de la Mercè fue utilizado como teatro y otras dependencias como taller de escenografías. En 1846, el general Bretón trasladó la Capitanía General al convento por lo que le construyó una nueva fachada en la que había tribunas; estaba adornada con relieves de barro cocido (*). El patio del convento de S. Francesc -«els framenors»- sirvió para engrandecer la plaza del mismo nombre, por decisión expresa del duque de Medinaceli. Primero adquirió los terrenos quemados y luego los cedió al municipio, por lo que se le dio su nombre. Una leyenda popular difundía que los frailes tenían una mina subterránea por debajo de la Muralla de Mar, por la que salían a la playa a divertir a los marineros que llegaban a puerto. La misma historia cuenta que esa salida les permitió escapar del convento durante el incendio de 1835 (**). El convento de los agustinos de Santa Mònica, fue utilizado para las dependencias de la administración militar, el de S. Felip Neri para las oficinas de estadística. En el convento de la calle del Carme se instaló la «Universitat Literària» y en el de S. Agustí, de la calle de «l'Hospital», una industria de fundición. Pocos años después se asentó la plaza Reial en lo que había sido el convento y huerta de los capuchinos. En la iglesia «dels Terciaris Franciscans» de la calle «d'Elisabets» se emplazó el Colegio Barcelonès -después «l'Institut del Teatre»- y en el «dels Trinitaris Descalços» se elevó el teatro del Liceu. En la iglesia de S. Joan de Jerusalem, donde en 1641 fue enterrado Pau Clarís, situado en la antigua riera del mismo nombre, hoy calle de Pau Clarís, se instaló la Biblioteca Pública, más tarde tuvo otras ocupaciones y, finalmente, lamentablemente fue destruido. En la de S. Jaume, se abrió la plaza del mismo nombre. La iglesia y convento de los Teatinos - S. Gaietà-, en la parte baja del Portal de «l'Angel», hubo la sede de las clases de jurisprudencia de la Universidad de Barcelona que el siglo anterior había sido

*. CIRICI, Alexandre: **Barcelona paso a paso**. Ed. Teide, 4ª Ed. 1975 (1971) Pág. 184.

** AMADES, Joan: **Històries i llegendes de Barcelona Vol.II**. Barcelona, Ed. 62, 1984 .Pág. 523.

trasladada a Cervera, más tarde fue la sede de la escuela de ciegos y sordo-mudos, luego de los juzgados de primera instancia, más tarde de los municipales, hasta que una bomba de la guerra civil de 1936 acabó con él. S. Pere y el Seminario fueron prisiones.....

Extramuros.

Del exterior de lo que es estrictamente el terreno amurallado, encontramos algunas referencias en las obras que comentamos. Precizando más, puede decirse que, en la obra de Milà de la Roca, hay una relación de los espacios que corresponden a la cantera de S. Bertran en Monjuïc, que hemos comentado más arriba con el fin de señalar los fuertes que circundaban la ciudad. También cita Milà algunas calles de la Barceloneta y resalta su ambiente. Hace referencias descriptivas de la salida del paseo de Gràcia hasta Vallcarca y de la montaña del Carmel, llegando a precisar la ubicación de la iglesia de Ntra. Sra. del Coll. Patxot detalla muchos aspectos del «cementiri Vell» de Poble Nou, puesto que sus personajes, aunque en vida, moraron allí durante mucho tiempo.

La Barceloneta

Milà describe con minuciosidad el «Café y Biliar de Levante» del que no tenemos datos que garanticen su autenticidad. Está fuera de las murallas:

"En la prolongación de la calle San Miguel de la Barceloneta, frente a la playa llamada Mar Vieja y en los bajos de una casa de dos pisos recientemente construida... Encima de la puerta hay un gran rótulo ó muestra con una fragata pintada y el sol que asoma en el horizonte, y en los cristales de la puerta tiene escrito con letras amarillas Café y Biliar de Levante. Una sala baja como todas las de la Barceloneta. Pintada esta y las paredes con bastante gusto. Está alumbrada por las dos vivas luces de un quinqué. A cada lado de la sala hay varias mesas de pino pintadas de color verde y sillas ordinarias de color encarnado. Al centro el mostrador con varios estantes al fondo atestados de botellas; una puerta a la derecha que dá a la cocina y otra a la izquierda que

comunica con el billar" (7)

Por la forma de situarlo y por los datos que da, creemos que estaría en el final de la calle, en la salida que tiene formando ángulo con el actual «Passeig Marítim». Precisa detalles que le conceden visos de autenticidad. Se trataba, como en la actualidad por la ubicación, en caso de existir, de un bar de pescadores y hombres del mar que se reunían allí al final de las faenas. Le concede la peculiaridad de tener una sala de billar. Durante los siglos anteriores era un juego especialmente aristocrático y en el siglo XIX se extendió a las capas populares de la sociedad.

En apartado relacionado con la sociedad, analizaremos las características de ésta y otras tabernas tan populares en esa época.

La plaza de toros «El Torín»

El autor precisa y localiza la plaza de toros en donde se fraguó la primera revuelta:

"En el ancho y espacioso campo que forma el glacis de la ciudadela, fuera la puerta del mar con la punta del Este de la Barceloneta y el fuerte de D. Carlos, elévase un soberbio circo cuya inmensa gradería y dos pisos de palcos están atestados de todas clases de personas y categorías" (8)

Había sido inaugurada justo un año antes de los hechos que se nos narran. Se le llamaba El Torín(9). La «Fiesta Nacional» contaba con muchos adeptos pero también,

7. Los misterios... , cap. IX, pág. 83.

8. Los misterios... Cap. III. Pág. 37.

9. Fue la primera plaza de la ciudad, aunque desde antiguo existía afición por los toros. Hay datos de corridas desde 1560, celebradas en ruedos provisionales, formados por carros alineados y unidos en círculo o cuadrado. La más lejana en la historia se llevó a cabo en la antigua plaza del Blat, actualmente del Angel, en las fiestas organizadas en honor de las nupcias entre Felipe II y Isabel de Valois. También se señalan las plazas de S. Agustí, del Born, del Pla de Palau, y de la Rambla de Sta. Mònica como lugares que, en distintas épocas, se convirtieron en cosos taurinos. Desde comienzos de siglo, se celebraban corridas en los terrenos del huerto de Ramón Bacardí.

con no pocos detractores. Ya comentamos en su momento la aversión que le provocaba a Milà de la Roca. Cuenta Lluís Permanyer ⁽⁵⁾ que el periódico «La Vanguardia» no divulgó nunca noticias respecto a las corridas, salvo las luctuosas, hasta después de la guerra civil. Como anécdota, hemos recogido del diario «El Vapor» y en el día de autos, los detalles de la que desencadenó tan enorme fiasco. Había seis toros (no siete como luego recogió la copla: "van sortir set toros, tots van ser dolents;/ això va ser la causa de cremar convents."). Eran procedentes de la ganadería de D. Fausto Joaquín Zalduendo, de Caparrosa, Navarra. En la relación, figura el nombre de cada animal. Participaban los picadores José Salcedo, Antonio Rodríguez y Julián Díaz. Como espadas estaban Manuel Romero Carreto y Rafael Guzmán. El media espada era Antonio Calzadillo. El precio de las entradas oscilaba entre cuatro reales de vellón el Tendido sol, y veinte los Palcos sin entrada. La venta de localidades se hizo en el café Rincón de la Rambla y la calle de «St. Pere més baix» frente al convento de los padres Agonizantes. La función empezó a las cuatro y media. El día 28 de julio aparece una nota, en el mismo periódico, comentando los hechos ocurridos tres días antes en la plaza.

El cementerio «El Cementiri Vell».

También extramuros. Patxot sitúa la acción por la noche, después de los luctuosos acontecimientos de la Ciutadella, el cuatro de enero de 1836. Los muertos de la refriega son transportados en carros. Van flanqueados por los carceleros y soldados de la prisión; cuando lleguen tendrán que identificar a los finados. Han salido por el portal de D. Carlos en la parte de Levante de las murallas y van por el paseo que el

fuera de la Puerta del Mar, con cierta asiduidad. Desde el 4 de marzo de 1827, la Junta de la Casa de la Caritat había obtenido el correspondiente permiso para dar corridas de toros, pero la dificultad para financiar la construcción de la plaza hizo que no se hiciera realidad hasta el mes de julio de 1834, según un proyecto de Josep Fontserè i Domènech, con un foro de 13.000 asientos. Fue un favor concedido por Fernando VII y la recaudación de las corridas tenían finalidad benéfica. Después del memorable día de S. Jaume, permaneció cerrada durante quince años.

⁵⁾ Autor de las principales ideas respecto a la historia de esta plaza, recogidas en: La revista dominical de «La Vanguardia», 3-XII-1989, pág. 142-143.

pueblo llamó «del Cementiri» de forma espontánea, puesto que a allí conducía. Más tarde, se bautizó oficialmente como de Icaria:

"Nos hallábamos entonces cerca de la orilla del mar, y se confundía con nuestro rezo el murmullo de las olas que iban lamiendo la playa. El paisaje era triste; á un lado el agua que reflejaba la luz de la luna; á nuestros pies la arena; en torno nuestro algunas cabañas, pocos árboles y una llanura; detrás de nosotros la torre de la Ciudadela, objeto que nos infundía espanto; y delante, á corta distancia dos pirámides que anunciaban la entrada de un cementerio"^(*).

El cementerio en principio, «Cementiri Vell» o de Poble Nou, cuando años más tarde la saturación por una parte y la falta de espacio para expandirse por otra, ya se encontraba en zona urbana, obligó a construir el de Monjuïc. En ese lugar transcurre buena parte de **Las delicias del claustro. Mis últimos momentos en su seno de Fernando Patxot** puesto que el padre Manuel y los otros religiosos que le acompañan se esconden en el cementerio por temor a ser descubiertos y maltratados por el hecho de ser frailes.

Con su apertura, se estableció la costumbre de enterrar a los difuntos en nichos de varios pisos alineados, formando calles, en lugar de inhumarlos como era tradicional. Como que a los condenados no se les permitía esta modalidad, todo ciudadano, por poco que pudiera, se esforzaba en comprar un nicho, con el fin de no ser enterrado ni él ni los suyos como un condenado.

Las descripciones del narrador presencial están impregnadas de la grandilocuencia romántica. Más que una fotografía, lo que nos aporta son aspectos sensitivos: ruidos, luces, olores. Sensaciones que nos introducen en un clima extraño, que pretenden producir cierto temor hacia los seres que han atravesado la frontera de la vida. Dice.

"No había calles, sino vastos cercados llenos de cruces, entre breñas y zarzales, en donde se daba tierra sagrada á los que no podían adquirir un nicho. Estos sitios eran el terror de los guardas del cementerio. No escaseaban allí los fuegos fatuos, á los que llamaban espíritus errantes, ni los crujidos subterráneos

*. Patxot: **Las delicias del Claustro** pág. 25.

ocasionados muy á menudo por el hundimiento de los ataúdes carcomidos, y á los que ellos llamaban gemidos de los difuntos pobres, ni los estremecimientos sepulcrales causados frecuentemente por algunos animales devoradores, y á los que ellos llamaban postreras convulsiones de los enterrados vivos, ni por último uno que otro espectro de alguna alma en pena, que deseaba expresar sus deseos y no sabia de que mortal fiarse para encomendárselos". (35)

Inaugurado en 1819, no gozaba de la confianza de los ciudadanos que estaban acostumbrados a tener sus difuntos cerca de casa, en el osario de la parroquia. El aumento de la población y el regirse por unas medidas sanitarias más lógicas, había hecho que se dictase una normativa por la que, desde 1820, poco a poco, se suprimieran todos los cementerios parroquiales y los entierros se hicieran en el cementerio de la ciudad. El de Poble Nou estaba lejos, aislado y además, como insinúa el texto de Patxot, en invierno los lobos llegaban hasta allí y después de hurgar en las fosas, se comían los restos que encontraban. Esto obligó a que, en 1826, el municipio tomase las medidas pertinentes para alejar del cementerio a estos mamíferos carnívoros. También atemorizaba a la población la leyenda que, por la noche, se abrían las tumbas y se dejaba a los muertos de las joyas o piezas de valor con que hubieran sido enterrados o peor, que se raptaba a los propios fiambres para hacer con ellos productos de chacinería.

«Nostra Senyora del Coll»

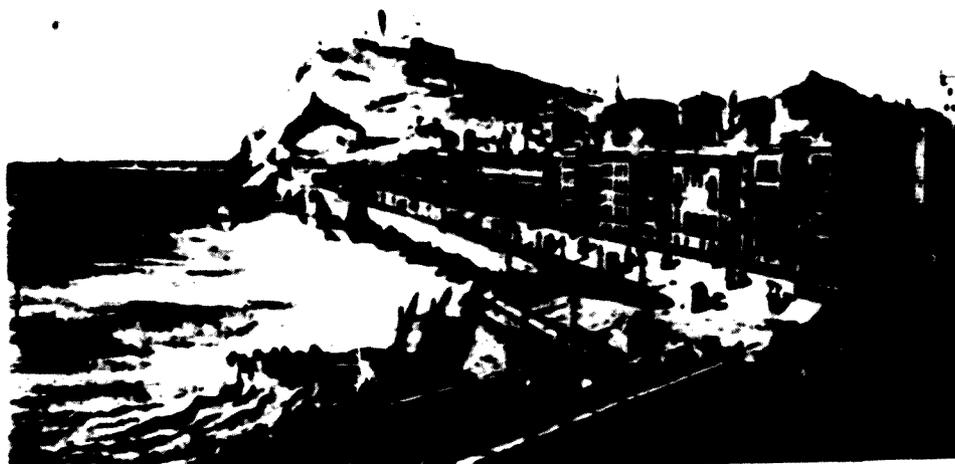
Para acabar, mostraremos la descripción de Milà del espacio exterior a las murallas de tierra, en dirección a la montaña del Carmel. Descripción romántica en la que se produce una metonimia entre el estado del tiempo y la situación anímica de los personajes. Aquí los densos nubarrones y el viento huracanado hacen presagiar que la razón del viaje que emprenden algunos de los personajes de la novela pueden ser por causas que producen preocupación, angustia o miedos: En efecto, una de las hermanas del Gancho — sido engañada por Jorge Gollo, recordemos, el habanero que vive en plan «gigollo». Se ha enterado de la fortuna de la muchacha —a su hermano le había tocado la lotería y comparte el premio generosamente con ella,

³⁵. Las delicias. Pág. 30.

su madre y las demás hermanas- y no quiere desaprovecharla. El cubano finge que va a casarse con la desgraciada, para lo que, junto con otros desaprensivos, simula montar toda la parafrenalia de la boda en un lugar que, por aquellos azares necesarios para que se produzca un final feliz, averiguan el Gancho y unos buenos amigos suyos, que llegan a tiempo para desenmascarar la inverosímil historia.

"Una fuerte y seguida lluvia que el viento arroja con violencia á la cara de los caminantes, mal de su agrado, obliga á estos á detener su paso; ni un ser viviente transita por el frondoso y ameno paseo de Gracia; solo un coche cuyos caballos y conductor luchan con el viento y la lluvia, avanzan á paso lento en direccion al barrio de Gracia. Despues de mil dificultades y de haber atravesado la larguísima calle Mayor de aquella nueva poblacion, llega el carruage al torrente de Vall-carca; la impetuosidad de las aguas que aquel arroja obliga á echar pié a tierra á los que dentro del coche iban; cuatro hombres salen de él, y con paso precipitado trepan por la montaña, y antes de media hora, calados de agua de los pies a la cabeza, se acercan con pausado y silencioso paso á una pequeña casa aislada próxima á la ermita de Nuestra Señora del Coll; atentos escuchan y observan lo que en aquella pasa" (*)

Comprueban que dentro de la casa está la chica vestida con traje de novia y parece a punto de casarse, esperando que llegue un compinche disfrazado de celebrante. Irrumpen en el interior y se precipita el final de la aventura.



Dibujo de J. Prats con una vista general de la muralla de mar. I.M.H.

*. Los misterios... Cap. 23. Pág. 271-72.